
ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero
4 PTS
LA NOVIA DE LA MUERTE

Impreso en
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA



Capítulo I

LA SOMBRA DE TIBERIO

En el golfo de Nápoles, amordazada como en siesta continua por la gravidez de un rutilante sol y la circundante violencia azul del mar, la isla de Caprí adquiría al crepúsculo una incomparable belleza de suaves colores donde el sonrosado de la tierra se apagaba en la turquesa líquida y plácida del Mediterráneo,

Desde tiempos inmemoriales muchas fueron las leyendas que se originaron alrededor de Capri, dándole fama de ser una isla encantadora, alegra única.

Homero situó en ella el maravilloso hogar de las sirenas, los seres fascinadores que seducían a los navegantes para perderles y a los que sólo resistió la astucia de Ulises.

Muchos años más tarde, un emperador romano taciturno y resentido, al poner fin a una de sus campañas guerreras, visitó por vez primera a Capri.

Estaba como siempre, desalentado y melancólico. La isla lo deslumbró y fué un sedante para sus nervios excitados. El azul

inigualable de su mar, los altos acantilados de rocas color rosa, sus pequeñas ensenadas de arena casi impalpable, fueron para el hipocondríaco imperial a modo de una maravillosa revelación.

Se prometió a sí mismo volver cuando le fuera posible y lo cumplió. Cuando volvió a Capri acababa de sobrepasar los sesenta y ocho años. Jamás quiso volver a pisar el continente. El dueño del mundo, el gran Tiberio, se conformaba con unos pocos kilómetros de tierra, que semejaban un joyel engarzado en azules encajes de espuma.

El viejo emperador vivió sus últimos días en una existencia orgiástica y disoluta, sin atender a más preocupación que la de saciar sus ansias de placer.

Siglos más tarde, al iniciarse el dieciséis de la Era cristiana, dominaba en Capri, como único señor, el napolitano Matteo Trozzi, noble de cuna, villano por acciones, que al frente de un numeroso ejército de levantiscos y pendencieros napolitanos, se implantó como Gran Duque, haciendo ejecutar después de prolongada tortura, al que hasta entonces había sido el amo y señor de la isla.

Matteo Trozzi, rígido y cruel en lides de guerra, era sensual y gran señor. La fastuosidad de su corte pasmaba de admiración a los que por el terror que imponían sus prebostes de armas, acataban sus decretos y pagaban los crecidos impuestos señalados.

Placíase Trozzi en decir que sus cincuenta y seis años aun fuertes, hallaban reposo en la isla, al igual que muchos años antes hiciera Tiberio.

Uno de sus bufones recibió veinte bastonazos y como bálsamo curalotodo, veinte ducados de plata, por la impertinente ocurrencia de apodarle “La sombra de Tiberio”.

Melancólico y taciturno, Matteo Trozzi no tenía más alegría que la de contemplar a sus tres hijos: Falco, el mayor, Umbrío, el mediano y Trentino, el menor.

Le complacían porque le aventajaban en crueldad y ruda fuerza exuberante, puesta al servicio de la pasión. Ni amor ni afán de belicismo, era lo que movía a los tres hijos del Gran Duque en sus correrías: sólo malos instintos.

En cambio, Matteo Trozzi, como todo hombre depravado, sentía en el fondo desprecio hacia la mujer y aunque estaba esclavizado a su segunda esposa no sentía el menor cariño hacia sus dos hijas Iolanda e Isolda, habidas de su primer matrimonio.

Dos doncellas que gustaban de soñar, de adornar sus habitaciones con flores, de oír trovas de juglares, y que detestaban las violentas manifestaciónes con las que se recreaban sus tres

hermanos.

Para Matteo Trozzi el gobierno de la isla no presentaba ninguna dificultad. Sus patrullas de esbirros tenía en jaque cualquier intento de rebelión o conspiración. Sus tres hijos arrasaban a mansalva al frente de sus mesnadas las casas y palacios de aquellos que hubieran podido representar un peligro para el Gran Duque.

Pero un día, no se supo cómo, ni de dónde procedió el rumor, cundió la noticia de que Ferenc Mijail, el bandido bohemio, que desde lejanas tierras húngaras atravesó los Apeninos para marcar con estela de sangre su paso por Verona, Florencia y Roma, se hallaba en Capri.

Redoblóse la guardia alrededor de Matteo Trozzi. Su palacio-castillo, erigido en lo alto de una colina, era fortaleza erizada de lanzas.

Y cierto anochecer, el Gran Duque, al acercarse la hora en que iba a tener lugar una de las fastuosas fiestas con las que se complacía en deslumbrar a los patricios de Capri, mandó llamar a sus tres hijos.

Falco, siniestro, velludo y brutal, protegido el cuerpo como sus dos hermanos por cota de mallas, precedió a Umbrío y Trentino, bastante parecidos a él, aunque en Umbrío las peludas cejas eran más copiosas, mientras que en Trentino había cierta finura en sus rasgos.

Pero los cuatro, padre e hijos, tenían de común la rapacidad de las mandíbulas, la carnosa rectitud de la nariz, la negrura de cabello y ojos y la delgada línea de labios.

Uno tras otro, besaron la diestra del padre. Beso frío, de respeto sin amor, por costumbre adquirida desde la infancia.

La sala en que se hallaban era suntuosa y la profusión de tapices y colgaduras, hacía que cuanto en ella se hablara no fuera oído más que por quienes allí se encerrasen.

Matteo Trozzi, áspero de voz, dura la mirada fijó sus negras pupilas en el mayor de sus hijos,

—El bohemio Mijail sigue vivo, Falco. Es un escarnio para los Trozzi. Es una vergüenza para vosotros. ¿Os di la existencia para que la malgastéis en inútiles duelos y matanzas? ¿Os di el ser para que paséis vuestras noches en necias orgías? ¿Tendré que ser yo quien busque la huella de Ferenc Mijail? Habla, Falco.

—Vos no ignoráis, Excelencia, que requiere tiempo y cautela el dar con el paradero de Ferenc Mijail.

—Tiempo os sobra, holgazanes, y cautela la tenéis cuando os lo preponéis. Habla, Umbrío.

—En Verona, en Florencia, por doquier que Míjail pasó, Excelencia, nadie le conoció para poder describirlo. Sólo supieron quién era y vieron su faz, los que dicho secreto a la tumba se llevaron, apuñalados por el propio Mijail. En Verona se dijo que frecuentaba la Corte, bajo la apariencia de un fatuo doncel, pero no se puede asegurar. Dicen que en Florencia también visitaba palacios a modo de noble forastero que ningún rasgo particular presentara y…

Matteo Trozzi, enrojecidos los pómulos, asestó un recio puñetazo en la mesa que le separaba de sus hijos en pie.

—¡Imbéciles! Lo que decís y sabéis es del dominio de todos. ¡Quiero la cabeza de Ferenc Mijail prontamente! Habla tú, Trentino.

En la invitación había menos aspereza. Trentino Trozzi era el que otro bufón, sólo a oídos de colegas en profesión, había calificado diestramente, como experto en conocer a sus señores: "De cuatro bestias la menos bestia es casi una persona. Pero prefiero los tres osos, al acariciante Trentino, porque oculta la bestialidad de los otros tres siendo taimado como un venenoso lagarto".

Trentino Trozzi merecía el juicio del bufón.

—Yo creo, Excelencia, que como vos decís, muy bien, debemos seguir en nuestro cometido. Vos apareciendo en festejos, porque si os ocultarais se crecerían los ánimos y nos perderían el respeto. Nosotros redoblaremos los esfuerzos, dedicándonos únicamente a encontrar al presuntuoso bohemio que en Capri ha venido a morir.

—Florida es tu lengua, Trentino... ¡y también de mujer!—ironizó el Gran Duque—. Prometes, pero no veo realidades. La única realidad es la de que hace dos días recibí un mensaje, que es baldón y escarnio para los Trozzi. Os lo he leído diez veces, pero veo que tenéis duros los sesos y lo habéis olvidado. ¿O, acaso, no, Falco? ¿Lo recuerdas?

Falco Trozzi mordió las palabras al ir repitiendo palabra por palabra, el mensaje que dos días antes recibiera su padre, en forma extraña, que costó la tortura de los veintidós lacayos encargados de atender la mesa del festín que se estaba realizando.

Ninguno de los lacayos pudo aclarar nada. Pero lo cierto era que bajo el plato de oro donde comía Matteo Trozzi, un pergamino hecho cuatro dobleces contenía lo que ahora recitaba Falco Trozzi:

> "Capri, isla rica y bella que será de Fernec Mijail. Primero, vuestros cofres; después, vuestras vidas. Mi hechicero ha atravesado ya con sus negros alfileres el cuello de cuatro fantoches: Matteo, Falco, Umbrío y Trentino. Lento soy, pero no dejo nunca de cumplir

lo que advierto. A vuestro terror substituirá el mío. Vivid alertas los días que os quedan. Dormid vigilantes. Os ha condenado

”Mijail Ferenc”

—Me pareció primero una pueril amenaza de algún rencoroso. Pero son ocho ya los prebostes que hemos perdido y todos tenían a punta de puñal trazada en la frente la doble aspa. La misma marca que hizo acuñar el bohemio en monedas de oro allá en Verona. ¡Esta moneda!

Y Matteo Trozzi sacó de su escarcela un disco de oro, que arrojó sobre la mesa. La moneda rodó y antes de quedarse quieta, mostró sus dos faces; en el anverso había una doble aspa y en el reverso, profundamente grabados, los dos nombres: Ferenc Mijail.

—La encontré esta tarde encima de mi cofre de joyas… vacío.

Falco y Umbrío siguieron ostentando rostros impasibles. Trentino pestañeó... Su padre, que escrutaba los tres semblantes, tendió un índice acusador hacia su favorito:

—¿Te sorprendes, Trentino? Tú, como todos sabes que en Verona, en Florencia y en Roma, Mijjail dejaba una moneda suya al que... se disponía a matar. Ni tiemblo ni le temo. Estoy alerta. ¿Por qué te sorprendes, Trentino?

—Desde el día en que recibisteis el mensaje, Excelencia, todos los vasallos de armas que me pertenecen, tienen por misión impedir que nadie pueda rondar los alrededores vuestros, sin cerciorarse de su personalidad. Ninguno me ha notificado novedad alguna. Ferenc Mijail es un hombre, no un fantasma. ¿Cómo entró él o su enviado? ¿Cómo salió? ¿Cómo pudo entrar en vuestras privadas habítaciones?

—Preguntas que habéis de contestarme pronto. Sois mis hijos, y si muero, moriréis. No heredaréis el nombre de los Trozzi, porque mi muerte precederá de poco la vuestra. Y cuantos hasta ahora nos acatan, acatarán a Ferenc Mijail, porque así es la humana raza, ¿Dónde están los secuaces del bohemio? Agazapados, matando prebostes. ¿Dónde está Ferenc Mijail? Cualquiera de los que esta noche se sienten a nuestras mesas puede ser Mijail. No conocemos personalmente, uno por uno, a los que naturales de la isla son, ni a los forasteros que de continuo a sus playas arriban. Si la luz del amanecer no hiere mis ojos, otros tres amaneceres os encontrarán yertos y vilipendiados. Habla tú, Trentino.

—Esta noche, Excelencia, sabemos quiénes son nuestros invitados. Tengo la lista, y nadie entrará que no esté provisto de vuestra personal invitación, cuyo sello no podrá falsificar Mijail,

porque tiene la marca especial que vos hicisteis personalmente.

—Pero es mi costumbre que cada invitado pueda traer consigo su familia y sus huéspedes.

—Mis hombres han recibido la orden de ir dilucidando cuáles son los forasteros. Todos ellos serán estrechamente vigilados, sin que se den cuenta.

Los cuatro hombres, que hasta entonces habían diseminado el terror, sentíanse ahora prisioneros del más profundo y abyecto temor, aunque no lo dejaban traslucir.

En Capri ya no imperaba la sombra de Tiberio, sino la invisible presencia de Ferenc Mijail, el justamente merecedor de la fama de “exquisitamente cruel”.

Capítulo II

ISOLDA, SUS PAJES Y EL ANILLO

Fredo y Berto, los dos pajes elegidos por Isolda Trozzi para servirle de escolta en sus paseos, eran altos, robustos y poco habladores.

Buenos espadachines, eran obtusos y estólidos. Veían en su dueña, no una linda adolescente melancólica, sino a la hija de Trozzi, a la cual debían obedecer, fuera cual fuese el mandato que recibieran.

Nada tenían de común con el acostumbrado paje, personaje intermedio entre el bufón apuesto y el juglar picaresco.

Eran más bien siniestros, y, pese a su juventud, avenjentados seres. No obstante, sonreían cuando la bondadosa mirada de Isolda les saludaba al iniciar alguno de los paseos poco frecuentes a que se dedicaba la hija menor de Matteo Trozzi.

—Al templo de San Michele—dijo Isolda, aquella mañana, a primera hora, al salir de sus habitaciones.

Fredo tomó la delantera, mientras Berto colocábase a varios pasos tras la devota doncella.

Poca gente transitaba por las calles de Anacapri. Los pocos viandantes se descubrían respetuosamente al paso de Isolda Trozzi. Lo hacían voluntariamente y casi con lástima, porque era conocido de la ciudad entera el contraste que las dos hijas del tirano ofrecían con su padre y hermanos.

Y, generosamente, los naturales de la isla sentían pena por aquellas dos doncellas, de rostro perfectamente regular, cuya dulzura y pureza hacía pensar en la placidez angelical, pero cuya palidez y tristeza inmutables indicaban una existencia trágica y un destino inmerecido.

Fra Ludovico, el capellán del templo de San Michele, acogió gratamente la petición que le hizo Isolda Trozzi de recoger por sí misma los óbolos de los escasos asistentes al primer servicio sagrado.

Sabía el capellán que era un gentil pretexto, con el que, para ocultar su espléndido donativo, la propia postulante colocaría en la bolsa de mallas oro suficiente en equivalencia al que podrían entregar en todo el año los habituales feligreses.

Empezó el acto religioso, y, mientras a cada lado de la puerta los

dos pajes montaban guardia, Isolda desfiló por entre los bancos.

Escasa era la luz de los pocos cirios que pugnaban por disipar las sombras del templo.

Aumentada la obscuridad por proyectar su sombra una columna, en su base adivinábase apenas en pie, la figura de un hombre,

Sólo vio Isolda una mirada apasionada, de relucientes ojos destacándose en pálido rostro. Y el hombre, suntuosamente vestido, colocó en la bolsa un puñado de monedas de oro.

Al hacerlo, sus dedos rozaron los finos y afilados de Isolda. Le produjeron el efecto de una quemazón, y la misma mirada ardiente con que el desconocido la admiraba le dieron una dolorosa sensación de dominante posesión.

Continuó ella por entre los bancos, andando casi maquinalmente. Llegó a la capellanía y dejo sobre la mesa la bolsa. Luego, arrodillada, siguió el oficio divino.

Se absorbió devotamente, y, al terminar la misa Fra Ludovico, con campechana actitud no exenta de respeto, dijo:

—Pocos eran los donantes, mi buena Isolda.

—La calidad suplió la cantidad, reverendo. Ved cuán generoso fue uno de ellos...

Y vertió ella sobre la mesa el contenido de la bolsa. Rodaron las piezas áureas, entremezcladas con las pequeñas de plata donadas por tres o cuatro feligreses.

Los ducados que Isolda Trozzi dió, y unos florines de oro. Éstas eran las monedas entregadas por el desconocido de mirada abrasadora.

Fra Ludovico estremecióse. Siguió Isolda la dirección de la asustada ojeada del capellán, y vió que entre los florines se destacaba una moneda de oro de mayor circunferencia.



Colocó en la bolsa un puñado de monedas de oro.

Veíase de ella un anverso en que aparecían dos aspas... Se santiguó Fra Ludovico.

Dónde obtuviste esta moneda, Isolda?

—Un desconocido la depositó con otras entre las que ya contenía la bolsa. Está junto a la base de la columna del fondo, cerca de la pila de agua bendita

Fra Ludovico asió un hisopo de exorcismo, y dirigióse al ábside. En vano escrutó las sombras, recorriendo todo el templo.

Sólo había dos hombres: Berto y Fredo,

Regresó a la antecapilla, y, apenado, murmuró:

—¡El Cielo te proteja, mi buena niña!

—¿Qué sucede, Fra Ludovico?

—No es de mi ministerio dar pábulo ni creerán a los sortilegios y malas artes que los extranjero de la comarca del Tirol hacen gala de acatar. Acepta mi consejo. No salgas de tu palacio… hasta que haya perecido o huído el genio infernal que esta moneda depositó en tu bolsa, con significado que prefiero ignores. Adiós, mi buena Isolda. El Cielo te proteja.

Y sin que el capellán pudiese evitarlo, en su voz, al despedir a Isolda Trozzi, aleataba como una bendición postrera.

Ella, manteniendo la extraña moneda en su mano, abandonó la capellanía, dirigiéndose a la salida.

Berto y Fredo ocuparon sus sitios de escolte. Y tan sólo cuando los pasos de Isolda, sumida en meditación se detuvieron en la cumbre boscosa de una pequeña colina al oeste del templo, ella pareció salir de su ensimismamiento.

Por varias veces había mirado en la palma de su mano el reverso de la moneda, donde aparecían grabados los nombres de Ferenc y Mijail.

—Dejadme sola—ordenó a sus dos pajes—. Quiero saberme a solas.

Había algo de impaciencia en su voz, habitualmente dócil. Los dos pajes espadachines obedecieron, cuando ella añadió:

—Volved dentro de una hora. Id a mercarme lirios y anémonas. Si uno de vosotros sabe qué significan las raras palabras “Ferenc Mijail”…, suplico que me lo diga.

Fredo sacudió la cabeza. Berto avanzó.

—Ferenc Mijail es, madona, un bandido del Tirol. Corre el rumor de que ha llegado a Capri, y si tu vasallo puede exponer una opinión, mejor sería que no quedaras sola.

—¿Por qué?

—Dicen en Palacio que Ferenc Mijail ha jurado exterminar a cuantos Trozzi alientan, madona.

—¿Qué mal hice yo a nadie? ¿Qué mal hice yo a Ferenc Mijail?

—Mijail no respeta vidas inocentes, madona.

—¿Tiene… tiene algún signo distintivo?

—No se le conoce, pero a quien piensa matar o a quien advierte de su presencia, le deja una moneda de oro acuñada por algún

alquimista suyo: una moneda de oro puro, fruto de sus latrocinios.

—¿Sabes... cómo es esa moneda?

Dicen que tiene doble aspa por un lado y sus nombres por el otro lado.

—¿Muerte, advertencia?—susurró ella.

Y con súbito abandono de toda su voluntad, sintiéndose próxima a llorar, apremió:

—¡Idos! Regresad dentro de una hora.

Obedecieron ellos ciegamente. Y con estolidez de vasallos, dirigiéronse a la ciudad cercana.

Isolda Troza tendióse de bruces, llorando desconsoladamente. Sus dieciséis años no sabían de amores, y sólo de amarguras.

Los jóvenes rehuían el mirarla, porque los hermanos Trozzi habían jurado que si algún osado habitante de Capri se atreviera a posar los ojos en las dos doncellas, perderían la vista para siempre,.

¿Por qué Ferenc Mijail la advertía y la amenazaba de muerte? Oculta la faz entre sus brazos, vertió abundantes lágrimas, hasta quedar rendida.

Fatigada por el largo paseo que inconscientemente dió, quedóse dormida a la sombra de los sauces sobre la fresca hierba mullida.

Despertó de pronto, porque un rayo de sol, en su decurso, había atravesado una rama, y quemaba su nuca.

Y se puso en pie precipitadamente, componiendo sus vestiduras arrugadas y apartando briznas de hierba de ellas.

Súbitamente pareció quedarse paralizada. ¿Qué era aquello? ¿Cómo en su dedo anular había un anillo de oro en el que lucía una piedra roja como la sangre?

Sintióse vacilar y una sonrisa de esperanza entreabrió sus labios. ¡Un tímido enamorado había buscado aquel medio secreto para confesar su amor!

Como una aurora sonrosada, el día parecía distinto para la que no se cansaba de admirar la joya, sin parar mientes en el resplandor sangriento del rubí.

Había oído decir que, en cierta ocasión, un caballero, no atreviéndose a esperar ser amado por altiva señora, hizo algo semejante. Y, para ser reconocido, colocóse en el anular joya idéntica a la regalada discretamente.

Un secreto iluminaba la triste existencia de la doncella. Aquella noche había fiesta en Palacio, y aunque nunca las dos hermanas asistieran, si lo pedía a su madrastra, quizá lo consiguiera.

Y obtendría tal vez la certidumbre de que un caballero valiente y apuesto la amaba en silencio...

Cuando llegaron Berto y Fredo, sonrieron al ver que, gozosa, Isolda Trozzi exclamaba:

—En vuestra ausencia he tenido un sueño maravilloso.

Y, cantando, recogió la brazada de flores que traían sus pajes, y encaminóse a su morada.

Había vuelto hacia el interior de la palma la destellante joya, Sentíase prometida a un desconocido que…

¿Desconocido? Una nube ensombreció su cielo rosado. Cuando llegaba a Palacio, había ya decidido lo que tenia que hacer.

Consultaría a micer Gretto, el astrólogo de Lucrezia, su madrastra. El hombre que todo lo sabía...

Le imponía miedo aquel viejo apergaminado y macilento, de rostro maligno y como alejado de toda humana sensación y sentimiento, pero consiguió sobreponerse, y poco después, precedida de sus dos pajes, que tocaron rudamente en la puerta que daba acceso a los antros del nigromante, Isolda esperaba ansiosa.

Abrióse la puerta, y micer Gretto, friolento siempre, recubierto de pieles, enguantado y calado un gorro de lana hasta las puntiagudas orejas, saludó:

—Bienvenida, madona Isolda. Pasad, que vuestro siervo soy.

Los dos pajes, a la señal de ella, quedaron fuera, y ella misma cerró la puerta.

La sala del alquimista era un conglomerado de redomas, frascos, pieles de macho cabrío, relojes de arena, huesos calcinados reducidos a polvo, ungüentos, amuletos, brebajes, infusiones de hierbas, talismanes y también estatuillas de cera atravesadas por alfileres.

En aquel maloliente recinto vivían toda clase de animales: lagartos metidos en bocales, salamandras en jarros, sanguijuelas en redomas, murciélagos membranosos en jaulas y víboras en sacos.

Los ojos de micer Gretto eran apenas visibles, porque pesados párpados, casi siempre entornados, los convertían en estrechas rendijas.

—¿Bálsamo, filtro de amor, gotitas de sueño feliz, madona Isolda?—inquirió, con su voz cascada.

—Acudo a vuestras luces, micer, porque sólo vos podéis dilucidar un enigma que me atormenta desde esta mañana.

—Aqui estoy para esclarecer cuanto misterio existe, madona—dijo, doctoralmente, el viejo nigromante.

—¿Sabéis de las costumbres que imperan en el Tirol?

—Hay el Tirol italiano, el bávaro y el transilvano. ¿A cuál de ellos os referís?

—Al que... vió nacer al bandido Ferenc Mijail.



—Ha usado su maleficio—declaró pomposo.

—Ah, ah...—Y se acarició el puntiagudo mentón micer Gretto—. ¿También vos, tan niña y tan recogida, habéis oído hablar de Ferenc?

Asintió ella mudamente.

—Ferenc Mijail es un bohemio, y esta raza es sabedora de

muchas mandragoras y posee la virtud de pactar con el señor de los avernos. ¿Qué deseáis saber de Ferenc Mijail, madona?

—No vi quién. Sólo unos ojos brillantes... ¡y esta moneda estaba entre los florines que depositó en la bolsa del templo que yo presenté esta mañana!

Cogió micer Gretto con sus largos dedos enguantados la moneda. Trazó en el aire signos cabalísticos con su otra mano, la aproximó al humo de una retorta, la frotó con un broche de pelos, y la devolvió.

—Ha cesado su maleficio—declaró, pomposo.

—¿Nada debo temer?

—Gracias a mi intervención, no, madona. Mas, pese a toda mi ciencia, hubiese fracasado si, en vez de moneda, hubierais recibido anillo.

—¿Anillo?—susurró ella, apoyándose en la mesa con una mano y ocultando la otra entre los pliegues de su chal como si quisiera acallar los latidos de su corazón.

Reafirmó la voz, para pedir:

—Contadme, micer, qué es lo que sucede con el anillo del bohemio Mijail.

Micer Gretto levantó un índice perentorio. Acercóse a uno de los muchos manuscritos que sobre trípodes poblaban los rincones, y empezó a volver hojas y hojas.

Después regresó, para recitar, como inspirado de musa siniestra:

—Estos bandidos del Tirol transilvano, sean cuales sean sus nefastas acciones, creen poder ser perdonados por las potencias divinas atándose en especiales esponsales a una virgen juvenil tan piadosa como sensata. Una vez que alguno de ellos ha distinguido a la elegida, por la fuerza o aprovechando sueño o descuido de la doncella, le impone el anillo de esponsales.

Isolda Trozzi escuchaba con creciente pavor, que derrumbaba todos sus sueños. Pero dominaba la fría congoja que helaba su alma.

Seguía recitando el viejo astrólogo:

—El bandido bohemio que así elige novia, aparta todo amor de ella, matando a quien se requeriría de amor. La respeta y protege. Pero si muere o está a punto de morir, es preciso que aquel mismo día su prometida fenezca y que, virgen, sea depositada a su lado, bajo tierra, en la tumba nupcial. Una superstición de raza les hace creer que en el reposo del Más Allá impenetrable, la unión postuma hace que ligada al alma pecadora, el alma ligera por la inocencia se eleve hasta el Paraíso y se lleve en vuelo leve a la de su prometido. Esta es la terrible suerte que reserva el bandido bohemio a la que elige por su novia de la muerte.

Isolda Trozzi forzó una débil sonrisa.

¿Y dice vuestro libro, micer, cómo es el anillo?

—Mis libros todo lo dicen, madona. El anillo de esponsales de los bandidos bohemios es un aro de oro con una piedra roja. Vuestras mejillas están como la nieve, madona. ¿Estáis fatigada? Tomad este cordial. Os dará alegría y salud.

Bebió ella maquinalmente la copa tendida. Era un tónico compuesto de puro vino y gotas de naranja.

—Es filtro especial, cuyo secreto sólo yo poseo, madona, y que se compone de hierbas del Hindustán y raíces de las más altas cimas. ¿Os sentís mejor?

—Mucho mejor, micer. Abusaré de vos, solicitando un inmenso favor que mucho me representa.

—Mandad, madona Isolda.

—No como orden, sino como merced.

Inclinóse, crujientes los huesos, el alquimista.

—Sois gentil, madona. ¿En qué puedo obedeceros con placer?

—No quisiera que nadie… nadie supiera lo que os solicité me explicarais.

—Madona Isolda…, vos no me habéis visitado siquiera. Podéis partir tranquila. Nadie sabrá. ¿Puedo pediros, en cambio, una merced?

—Pedid.

—Si os sintierais desesperada, si algún peligro os acechara, no toméis ninguna medida deplorable. Acudid a mí, y os aconsejaré.

—Os lo prometo, micer.

Marchóse ella. Atrás, cerrando la puerta, quedóse micer Gretto riendo con tenue risita escalofriante.

—La candidez abunda en toda la gente ignara y soñadora—dijo, entre dientes, mientras se acercaba hacia un saco.

Extrajo con su guante un grueso lagarto de cola escamosa y saltones ojos, que intentaba morder.

—Suda, suda—conminó el nigromante—. Necesito tu veneno para sanar a los cándidos. ¡Ja, ja!.., —rió, senilmente—. Muy cierto, madona Isolda, que estáis prometida a la muerte. Una muerte muy cercana…

Capítulo III

IOLANDA, EL PREBOSTE BRUNO Y LA MONEDA

Iolanda Trozzi tenía gran parecido con su hermana. Un año mayor, era menos propensa a generosidades y ensueños, aunque gustaba de oír juglares y escuchar picardías de bufones, y en sus ojos había solicitud de pasión.

Aunque le produjera malestar físico, divertíase extraordinariamente oyendo las locas frases y presenciando los gestos desgalichados de Jacoppino, el bufón favorito de Matteo Trozzi.

Por las mañanas solía aquél frecuentar el jardín interior, cuyo acceso sólo estaba permitido a los hombres de confianza de los Trozzi.

Cada hermano tenía como segundo a un preboste. Hombres elegidos por bravura demostrada y ciega obediencia.

Y díóse cuenta antes Jacoppino que la propia Iolanda, de que el preboste Bruno, perteneciente a la mesnada de Umbrío Trozzi, infringía el veto de los Trozzi, deslizando ojeadas apasionadas hacia Iolanda,

El preboste Bruno era guapo. Iolanda empezaba a rebelarse contra su destino de solitaria temida, Jacoppino era astuto.

De aquella concurrencia de circunstancias, surgió cierta mañana una decisión en el ánimo de Iolanda,

Alejó con una señal a sus dos pajes de escolta. Se reclinó en el respaldo del banco, y, contemplando el surtidor que murmuraba en el estanque del centro del jardín, aguardó la llegada de Jacoppino, que a aquellas horas solía aparecer.

El esquelético bufón, siniestro espadachín a la vez cuando la ocasión lo requería, llegó dando ágiles cabriolas y agitando su corto bastón rematado por campanillas.

—¡Sacadme los ojos, dejadme sin luz, pero feliz torturado seré porque inundo mis pupilas con la belleza de la sin par Iolanda! Bueno…, y a todas estas ¿qué hora es, mi reina ingrata?

—Necia pregunta, Pino. Es la de siempre. Todo es igual siempre. No hay novedad…

—Sí la hay, diosa del Olimpo. Tu corazón palpita, tus labios están menos rojos y hay densas ojeras bajo tus angelicales mirillas.

—¡Bribón! ¿Qué insinúas?

—¿Insinuar, yo? Dejo esto para los comedidos que obligados están a medir sus palabras, yo nada callo. No me mates con el puñal delicioso de tu mirada, Venus delicada. Soy tu perrito cariñoso.

—¡Botarate!—rió ella.

—Tus labios no deben decir palabras vulgares. Llámame “precioso” y déjame vivir en esta ilusión,

—Dime qué es lo que pretendes adivinar de de nuevo en mí.

—Insomnio, que dice el lechuzo de Gretto, que significa poco dormir. Tu lecho es blando, pero te revuelves en él buscando postura que llame al sueño, ¿Por qué? ¡Cáspita! Porque tienes desamor, y, de pronto, sientes deseos de que un suicida se prosterne ante ti, y, poniendo faz de canelo bobalicón, te susurre frases incoherentes, donde “eterno” rime con “me muero” y “amor” con “sufrimiento”.

—No son rimas.

—¡Ah, doncella exigente! Así, a frías, criticas a tu pobre Pipino. Pero si por claro de luna oyes decir “coliflor”, se te antoja haber escuchado “jazmín”, si quien habla es un gallardo mozo.

—¿Dónde está el gallardo?

—Uno había... y la jauría lo destrozó.

—¿El trovador? No recuerdes esto. Te pído, ¿quién es el gallardo caballero que osar pudiera el entretener mi soledad?

—Descartándome a mí, porque ya estoy comprometido..., hay un mozo que promete. Tú eres más decidida que Isolda, y no querrás recluirte o dedicarte a monja.

—Tregua a la lengua, bufón. Deja en paz a madona Isolda. Hay instantes, Jacoppino en que me pregunto cómo sigues en vida. Como con tus libertades no te han enviado al verdugo mis hermanos o mi padre.

—Porque soy la voz de la verdad. Nadie os la dice, y necesitáis oírla. Tu padre es un talento, inferior a mí, pero casi me iguala. Con él siempre estamos a partir un piñón. Tus hermanos son muy brutos, y por eso prefiero desdeñarlos...

—¡Llamaré a mis pajes y te despellejarán!

—No, que no—rebatió Jacoppino, agitando sus campanillas—. Yo soy un objeto perteneciente al Gran Duque. Soy intocable... Aunque, si me lo pides bien, te dejaré acariciarme.

—Pino, te predigo un mal fin. Abusas. Dime: ¿quién es el arrogante caballero que me desvela?

—No hables como un bufón, Iolanda, o te entrego mi bastón. No hagas burla de lo más elevado que un animal humano siente: el amor puro. Puro en ti... Confíate en mí, y saldrás ganando. Yo soy

Jacoppino, el grande; Pino, el consejero; Pinino, el cariñito de los desgraciados. Elige. Aquí tienes al gran consejero cariñoso.

—¿Quién es él?

—El preboste Bruno.

—¡Bah! Un soldado de fortuna, al servicio de Umbrío.

—Fuerte, erecto, valiente, moreno de piel, negro de pelo, carbúnculos por ojos, dientes de carnívoro sano... Muchas lo persiguen. Él, desdeña. Muchas lo quisieran. Él, suspira por otra. ¡Un bello gusano que se ha enamorado de una estrella!

—Umbrío le matará... Deberías... deberías salvar al preboste Bruno, diciéndole que... no venga más por aquí... Corre peligro...

—Vayamos, por partes, diosa. ¿Tienes la escarcela bien provista?

—¡Odioso rufián! ¿Qué insinúas?

—-¡Y dale con la calumnia! Protesto y me rebelo. Yo no insinúo nada. Voy como flecha al bulto. Yo te ayudo si me ayudas. ¿Cómo puedes ayudarme? Dándome ese oro tan precioso.

—¡Y Gianina, tu perdición, malgastará tu oro!

—Eres muy niña para entender estos misterio. Tú me das oro, y yo te soluciono el aburrimiento y el desamor.

—¡Toma!

Y con gesto despreciativo arrojó ella su escarcela. El bufón la vació sobre el suelo, entre sus piernas, sentado como estaba en cuclillas, a modo de sastre remendón.

—Magra cosecha... Eres una pobretona, Iolanda. ¿Doce monedas? Valemos mucho más yo y tú.

—Tú y yo, dirás, bribón. Te daré otras tantas monedas si tu consejo me es útil.

—¿Has oído hablar de Ferenc Mijail?

—No.

—¡Qué ignorante vives! Es un bandido muy simpático, porque tiene el privilegio de que nadie lo ha visto aún, y todos tiemblan. Hasta tu padre.

—¡Embustero! A nadie teme mi padre.

—Contempla mi perfil, y verás que no miento. Mijail se mueve en las sombras y posee sortilegios temibles. Tus hermanos están asustados. Dicen que Mijail se desliza por las paredes, y nadie le ve. Yo no lo creo, pero ya empiezo a tener mis dudas.

—¿Qué tienen que ver tus patrañas con el preboste Bruno?

—Modera tu impaciencia, doncella. Es poco honesto…

Irritada, alzó ella la diestra. Quedóse así, porque el bufón, adelantando el rostro, exclamaba ;

—Golpea, hiere, araña, muerde, patea.. Este es mi premio. Esta

es la recompensa al pobrecito Pipino, que todo lo compone y todo lo arregla. Mátame, desagradecida,

—Imposible es enojarse contigo, Jacoppino. Tu locura es tu mayor castigo.

—Si loco soy, ¿qué serán los que me escuchasen? Atiende, loca bonita. Dirás que has ingeniado una treta. Umbrío lo creerá, porque es un bestia sin seso. Le dirás que has recibido una moneda con una doble aspa por un lado y los nombres Ferenc y Mijail por el otro. Que temes, y como esto le importaría muy poco a tu hermano, añadirás que si uno de tus pajes fuera substituído por un hombre sin miedo, siempre alerta a cualquier intento de Ferenc Mijail, éste caería preso. Un hombre como, por ejemplo, el preboste Tonio, o el preboste Giorgio, ¿comprendes?

—Pero si a mí nadie me ha amenazado, y, además.... aceptaría sólo por paje al preboste Bruno,

—Por rivalidad con sus otros hermanos, Umbrío querrá que sea su propio preboste el que pueda cazar al bohemio. Y te lo cederá. Si se lo pidieseis, sospecharía.

—Eres un astuto bribón, Pino.

—Mente que tengo de mujer, Iolanda

—Yo lo soy, y no pensé tal artimaña.

—Es que estás aún verde. ¿Mandas a uno de tus pajes por las veinte monedas?

—Doce dije. ¡Tulio!—llamó a uno de los pajes.

—Barato valoras al preboste. ¿Veinticuatro ducados? Presagio mal fin a tus amores.

—Tulio... Trae acá mi cofre de marfil.

—¡Presto Tulio!—gruñó Jacoppino—, ¡Estamos esperando!

El paje miró colérico al bufón. Éste sacó una lengua larga y sucia.

—Eres tan exasperante, bufón—dijo ella, cuando el paje se alejó —, que cuando te mueras nadie llorará.

—¿Y qué me importa lo que pase una vez yo esté putrefacto, nauseabundo y hediondo? Dame paz y llámame tonto Y en hablando de tontos... Mira quién atraviesa el jardín. No te sonrojes, Iolanda. Tiempo tendrás. ¡Preboste Bruno! Esperadme...

—¿A dónde vas, Jacoppino?...—murmuró ella alarmada.

—A ganarme la vida. Le sugeriré que te han amenazado con la moneda de oro. Le sugeriré.., lo mismo que a tí te dije.

—¡No te daré más oro!

—¿Amenazas a tu consejero?... Hola, preboste, madona Iolanda me acaba de decir que tiene miedo…

El esbirro, sin mirar a la que amaba, cuadró los hombros.

—Al servicio de la casa Trozzi estoy. Ordenad, madona.

—Jacoppino… os explicará, preboste.

El bufón asió familiarmente el brazo del robusto Bruno.

—Pronto regreso, madona Iolanda. Tenedme preparadas esas veinte rodajas de mortadela, y seréis feliz.

Alejados, el bufón dijo en voz baja al preboste:

—Hay un secreto entre tú y yo, Bruno.

—Suelta mi brazo. Tu aliento apesta.

—Apestas tú a muerto, y vives porque callo. Bastase que dijera a Umbrío que estás enamorado de Iolanda, y… ¿qué me cuentas, galán?

—¿Qué pretendes?

—Cincuenta ducados.

—No los tengo.

—Búscalos, que bien los vales. Y te proporcionaré medios para que siempre estés al lado de tu amada.

—¡Alcahuete infernal! Ofendes a madona Iolanda…

—Mira, mira, galán… Menos cuento y a lo que pesa. ¿Me das o no la bolsa?

—¡Toma, bellaco!

—¡Gracias, imbécil! Ocúltate, y espera. Madona Iolanda necesita protección, la pedirá a Umbrío, y tú serás paje de armas de ella. Desaparece, animal.

Regresó contento el bufón. Despreciaba a la humanidad entera, pero hacía buenos negocios.

—He instruído a Bruno, mi reina. Me insultaba porque le trataba con familiaridad, pero le ha puesto al borde del alelamiento el saber que tú no tendrás miedo, si él está cerca, defendiéndote. ¡Qué burros somos los hombres! Nos sentimos protectores, cuando necesitaríamos que nos protegieran. ¿Vamos a hablar a tu preciosidad de hermanito?

—Te detesta.

—Lo prefiero a que me destete. Ahí viene Tulio con el cofre. Vierte en mi palma los veinte ducados, y por hacerte un favor salgo perdiendo, ya que un gramo de mi cerebro se ha consumido en este asunto

—Toma. Iré sola a hablar con Umbrío.

Un cuarto de hora después, anunciaba jubilosa lolanda al bufón que Umbrío había decidido que el preboste Bruno sirviera de paje, prometiéndole mil ducados si mataba a Ferenc Mijail y cinco mil si lo capturaba vivo.

—Picó el anzuelo—dijo, sentencioso, Jacoppino—. Me voy. Tengo que ganarme la jornada. Soy un incansable trabajador.

lolanda despidió a uno de los pajes, y durante el resto de la mañana no miró siquiera al preboste Bruno.

Quedaron éste y Tulio ante la puerta de sus habitaciones. Y cuando ella vió muy en evidencia sobre su almohada un disco de oro con las palabras “Ferenc Mijail”, no sintió la menor aprensión. Supuso que era una sorpresa preparada por Jacoppino para ayudarla a dar más veracidad al supuesto peligro que la rondaba.

No pensó que Jacoppíno no hubiera abandonado una moneda de oro. En su mente imperaba ya la figura arrogante del preboste Bruno.

* * *

Solían las dos hermanas comer juntas. Pero coincidiendo en sentir rencor contra Lucrezia, pena por su abandonó y tristeza por su desamor, no intercambiaban confidencias.

Acostumbradas a llorar solas, tenían pudor en manifestarse. Les parecía que sería un reproche hacia el nombre de Trozzi confesar que se sentían desamparadas.

No obstante, aquel mediodía dijo Isolda:

—Pareces contenta, hermana mía. Y me alegro de verte sonreír.

—Estaba recordando las impertinencias de Jacoppino—mintió ella.

—Ese bufón me horripila, Iolanda. Es maligno y lenguaraz.

—Lo es; pero son tan monótonos nuestros días, que siempre me resulta una distracción oírle.

Era el día anterior a aquel en que Isolda iba a convertirese en “la novia de la muerte” del bandido bohemio.

—Cierto, Iolanda, que hasta en las malignidades de un bufón podemos hallar diversión para nuestro tedio. ¿Vienes a leer conmigo?

—No... Tengo sueño, Isolda. Y esta noche cenaré a solas. Quiero terminar un bordado que requiere mi atención.

Ni aquella tarde ni por la noche nada pasó. Tan sólo que Tulio y el preboste Bruno presenciaron la labor de bordado, la cena y los frecuentes cambios que hizo Iolanda Trozzi en las flores que adornaban búcaros y jarros.

Y ambos tendiéronse en la sala cuando entró en su alcoba Iolanda Trozzi. El preboste soñó delicias en su turno de reposo. Y ella no durmió, pensando qué medios podría emplear, sin levantar sospechas, para ahuyentar al paje Tulio al día siguiente.

Capítulo IV

EN LA HOSTERÍA DE “EL FAISAN DORADO”

Pasquale, el mesonero, que tenía a gala ser propietario de la más cara y lujosa posada de Anacapri, poseía los modales adecuados de quien está obligado a recibir, acomodar y contentar personajes principales.

Cuantos forasteros de bolsa bien provista pasaban por la ciudad, alojábanse en “El Faisán Dolado”.

Y la experiencia, adquirida hacía que el mesonero se creyera en posesión del experto vistazo con el cual diferenciaba rápidamente al aventurero de alto copete del señor por cuna, y acciones.

Y en aquella mañana soleada, el maestro Pasquale sentíase regocijado porque hacia tiempo que en la hostería no se había congregado reunión más distinguida de huéspedes.

Pocos, pero de clase superior, pensaba. Y a la vez suspiraba, porque desde el sanguinario advenimiento de los Trozzi había permanecido semanas enteras con los brazos cruzados, sin tener a nadie a quien atender y de quien sacar ganancia.

Pero desde hacía unos días la situación cambiaba, haciéndole presagiar un futuro óptimo en beneficios.

Acogió con íntimo desagrado, llena la garganta de insultos que no exteriorizó, la llegada de un grupo de hombres armados, a cuyo frente iba el preboste Giorgio.

—Bienvenido, señor preboste—sonrió, respetuoso—. ¿Un jarro de buen vino?

—Después. Ahora, a lo que me trae. Cada quince días estás obligado a entregar relación de los personajes que se alojen en tu fonducho. Hoy fine el plazo, y por la lista he venido de los que hoy sigan en tu casucha.

A cada apelativo desdeñoso que su hostería recibía, el maestro Pasquale encogía los hombros y cerraba los ojos, como si recibiera pelladas de barro en el rostro.

Resignadamente entró en la gran sala primera, y mientras los soldados sentábanse y las mozas traían vino, el preboste Giorgio acodóse en la ancha tabla que servía de mesa al mesonero.

—Lee, que no quiero cansarme—mintió el iletrado preboste,

—Hoy hace siete días tuve el honor de inscribir como primer huésped de categoría a Su Ilustrisima Aldo Guicciardini.

—Sin florilegios. ¿Quién es, cómo es, qué hace y de dónde viene? Esto es lo que tiene que estar apuntado ahí, posadero.

—El señor Aldo Guicciardini tiene cartas de embajador de la Marca Toscana.

—A otro. Éste ya lo conocerán mis señores.

—El segundo huésped es el caballero Marco Véneto, florentino, pintor famoso, escritor de renombre, que ha sido secretario del Consejo de Guerra de Florencia.

—Entonces..., también a éste lo conocerán mis señores. A otro.

—Mi tercer huésped forastero, y de marca, que eligió mi hostería como la mejor, no ya de Capri, sino de toda Italia, es el veronés Luciano Risco. Hijo de célebre naviero, que viene a ofrecer relaciones comerciales entre su ciudad y la nuestra.

—Vamos al otro.

—El barón Gontrán d'Eperlan, galo, que llegó antenoche, y es viajero enviado por Su Majestad el rey de Francia como Relator.

—¿Relator?

—Le pregunté cortésmenie, y me indicó que este cargo significa embajador privado, que por el instante se limita a tomar nota de lo que sucede y enviar informes oficiosos a su rey.

—Un mirón, vaya. ¿Quién más?

—Nadie.

—¿Son de confianza?

—Caballeros completos, en la más pura acepción de la palabra. Gente de alcurnia que honra nuestra ciudad, proclamando con su elección que mi hostería es la...

—Recuerda que con tu cabeza respondes de que no albergas ni traidores ni conspiradores.

—¡Ay, pobre de mí! Yo cumplo, diciendo lo que me dicen y copiando los documentos que me entregan.

El preboste Giorgio, sin hacer caso de las lamentaciones del mesonero, asió los papeles en que había leído Pasquale, los introdujo en su cota, y tras él fuéronse los soldados al servicio de la casa Trozzi.

Hacía unos instantes que, adosado a un poste de madera que sostenía con otros una pequeña terraza exterior, desde la que se oía y divisaba cuanto en la sala sucedía, hallábase un individuo esbelto, de alta estatura.

Vestía con rebuscada elegancia un jubón de mangas abullonadas, que con las ceñidas calzas alternaba el color plata y negro. Una rizada melena rubia enmarcaba un rostro pálido, de negros ojos ardientes.

De vez en cuando asía un pequeño pomo que colgaba por cadena de plata de su cuello, y, aplicándoselo en uno de los orificios nasales, aspiraba, cerrando los párpados.

Era “el artista”, el que se había presentado como Marco Véneto, procedente de Florencia.

Un poco más allá, en la terraza, sentado de espaldas a la sala, Luciano Risco, el veronés, vestido con no menos rebuscamiento que el florentino, alisaba ante un espejo puesto sobre la mesa sus largos cabellos castaños y sus negras cejas.

—La brutalidad de la gente de armas, sin ingenio ni letras, es francamente enfadosa—comentó, con exquisita pronunciación, Marco Véneto—. ¿No sois de mi opinión, caballero Risco ?

—Plenamente, aunque no sea yo, como vos, un famoso artista de talento múltiple, caballero Véneto. La finura de modales, los dones del espíritu, la afición a la belleza en todos sus aspectos, es la religión del aristócrata de la mente—dijo, con no menos afectación, Luciano. Risco, terminando de acicalarse y reintegrando espejo, pinturas y perfumes al pequeño cofrecito.

Era también de buen ver y en nada distinto a los tantos cortesanos esclavos de la moda.

—Nuestra juventud y fortuna, caballero Risco, nos hacen congeniar. Podemos, pues, justipreciar el valor de las cosas y de las personas. No he acabado aún de definir la posible personalidad espiritual del caballero Guicciardini.

—Un fofo politicastro, rebosante de grasas, carente de agilidad física, abotargado por excesos de gula, aunque dotado de penetrantes pupilas obscuras, rasgo que resalta en su faz hinchada.

—Maravilloso retrato, caballero Risco. Sois digno de manejar pinceles y colores. Y me dais una idea. Haré unos bosquejos del caballero Aldo Guicciardini. Pero ¿es realmente un genio intelectual? Su aspecto físico parece propio de un mercader, aunque la vida me ha enseñado a no guiarme por las apariencias. Más fácil resulta de retratar el barón D’Eperlan. Un francés obsesionado por las mujeres. Basta verle como persigue con sus ojos de color ceniza a las mismas mozas. Tiene con ello demostrado que es noble por nacimiento, pero aventurero vulgar por comportamiento. ¿No observasteis nada extraño en él?

—De vez en cuando mira su hombro, dispuesto a hablar, como si encima de él se apoyara alguien con quien conversar. Y no viendo a nadie, rie, con expresión..., válgame la comparación..., de un granuja que se divierte.

—Es relator del rey francés.

—Eligen para estos cargos a arriesgados sujetos, de buena cuna, que deseen hacer fortuna.

—¿Cuál es el riesgo?

—No volver, porque son enviados a comarcas donde ha habido recientes cambios de poderío. Ahí viene Su Excelencia Guicciardini.

Pesadamente, bamboleándose sobre las gruesas piernas cubiertas por medias blancas, con calzas de seda del mismo color, que aun aumentabau más el volumen de los muslos; fajado en seda el abdomen prominente, y estallante el jubón amarillo recargado de encajes, blondas, adornos y abalorios; mofletudo el rostro y lacios los profusos cabellos de un rubio rojizo, Aldo Guicciardini llevaba en la diestra una varilla en cuyo extremo un grueso cristal le servía para mirar de cerca.

Saludó con pesadez, no exenta de ceremoniosa elegancia:

—Buenos días, señores. Se respira con agrado.

Los dos jóvenes saludaron con exquisita agilidad.

—¿Vais esta noche a la fiesta del Gran Duque? —inquirió Aldo Guicciardini, cuya mayor edad aparente le permitía cierta familiaridad superior.

—Por amistades de la ciudad, recibimos invitación. El barón D'Eperlan, que comparte nuestra mesa, se quejaba de no haber sido inviado, aunque más tarde me dijo personalmente que ya encontraría medio de no perderse el festejo—dijo Luciano Risco.

—Al fin y al cabo, un relator no es bien visto por los vencedores. No tiene inviolabilidad de enviado como un embajador—dignóse aclarar pomposamente el grueso toscano.

—Seréis seguramente el personaje principal y más homenajeado esta noche, ilustrísimo señor— indicó Marco Véneto, aspirando su pomo de esencia de nardos.

—La familia Trozzi no es propensa a reconocer mi categoría, hasta tanto la Marca Toscana no admita plenamente ciertas peticiones. Por esto vine sin séquito, que embarcará tan pronto Matteo Trozzi, el Gran Duque, acepte el reconocerme como embajador.

—Entonces..., casi tanto riesgo corréis como el barón D'Eperlan —dijo Luciano Risco.

—¡Oh, no, mi joven señor! Mi categoría es muy superior, y ni el propio Gran Duque lo ignora. Somos los vecinos más próximos, y cualquier desacato de obra o palabra contra mí es un insulto a Roma.

—Alta política, comadreo gustoso y aleccionador, decía mi abuelo. Buenos días, señores míos. Beso vuestros pies.

La entrada del francés fué acogida sin gran entusiasmo. Los saludos fueron más bien fríos y distantes.

Bruyant Lartiguers nunca se desconcertaba. Sentóse en un rincón, y sus burlones ojos claros reian observando los afectados gestos del veronés y del florentino y la prosopopeya grave del toscano.

Para disipar el silencio, Marco Véneto habló:

—Tengo entendido, caballero Risco, que vuestro padre obtuvo su gran fortuna, acrecentándola, en continua lucha con el turco.

—Oh, no... Os informaron mal, caballero Véneto. Las naves de mi padre surcan los mares, y si el caso llega, luchan, pero mi progenitor nunca salió de Verona.

—Estaría confundido... Excusadme, caballero Risco.

—No veo en ello nada para formalizarme, sino todo lo contrario, puesto que el elogio era grato, caballero Véneto.

Volvió a reinar el silencio. Y, por fin, el florentino, después de aspirar con voluptuosidad su aromatizador, volvióse hacia el obeso toscano.

—Creo que oí hablar de un hermano vuestro, Ilustrísimo, cuya historia era asaz bella.

—Mi hermano Donato. Bella y triste historia, que los trovadores, con floridos adornos muy merecidos, la narran en baladas. Viene al caso recordarla, porque yo siempre espero que algún día asome por el horizonte su negro velero de la Desesperación...

—Debe ser interesantísimo, Ilustrísimo...—dijo Luciano Risco—. ¿Nos haríais el honor de narrarla?

—Gustoso, y trataré de darle la entonación poética que es grata a los trovadores.

Y con voz pausada, entornados los párpados. Aldo Guicciardini contó la hermosa y terrible historia de Donato Guicciardini.

Desde la cima del granito veteado de rosa, el Palacio Guicciardini dominaba el mar azul. A través de las movientes copas de los pinos y de los cedros, se entreveían las furtivas blancuras de sus columnatas de mármol.

Los jardines y alamedas y los bosquecillos de naranjos declinaban en suave ladera hacia la bahía.

En ella, envueltas entre los suspiros de las moribundas olas, que lamían el fino dorado de las arenas, dos naves dormitaban semejando dos grandes cisnes mecidos en su sueño.

Una de ellas era blanca por completo, incrustada de nácar y marfil, y sus lonas desplegadas parecían manteles de piara donde la luz cabrilleaba.

El otro velero era negro, marqueteado de ébano, y su velamen, sombrío como un crespón fúnebre, hacía más negra la noche, obscureciendo el mar.

En la proa, el velero blanco llevaba una delicada estatua femenina, tan graciosa, tan sonriente, tan cándida y hermosa, que a primera vista se adivinaba era la imagen de la Esperanza.

El secundo velero ofrecía una figura, también bella, pero tan desalentada y de tan patética expresion que sólo con verla la palabra “Desesperación” subía a los labios.

La compra y el mantenimiento de los dos veleros, de tan vivo contraste, pero igualmente suntuosos. fueron considerados primero como un capricho costoso de Donato Guicciardini.

Después, aquella fantasía excéntrica dió qué pensar. y a poco adquirió una significación imprevista, según las circunstancias.

Porque, según fuera, así Donato iba a bordo de uno o de otro velero. Cuando alguna novia, largo tiempo deseada, ofrecía su amor, Donato, en plena euforia, se embarcaba con ella en la nave blanca.

Tanto como durara su ternura, todas las noches en el mar, al sonido de tenues músicas y bajo la claridad titilante de linternas coloridas, se sucedían los festines, las canciones y los regocijos.

A veces todo callaba, y bajo el cielo palpitante de estrellas Donato y su bella amante quedaban a solas en el puente, enlazados, estremeciéndose juntos, cuando, mezclado con las brisas que traían aromas de tierra y salobres efluvios, pasaba un tembloroso soplo indefinible procedente del paraíso invisible de los enamorados.

Si aquella adorada reina lo traicionaba, o un azar vencedor de sus voluntades los separaba cruelmente, entonces Donato Guicciardini, alma apasionada, que no estaba aún endurecido ni poseía escepticismo, caía violentamente desde la cima de su dicha al abismo de la desesperación.

Furtivamente, abandonaba el navio de la ilusión para refugiarse en el velero del dolor.

Se encerraba en su cámara, silencioso, abismándose en el sufrimiento con la misma pasión con que se entregaba al amor.

Rodeado de objetos adecuados para agudizar y reavivar su dolencia, yacía horas enteras inerte, con la cabeza hundida entre sus brazos, en una lasitud de muerte.

Permanecía así hasta que el tiempo, bálsamo soberano, cicatrizaba su corazón, y el vigor de su edad, con la savia de juventud, que nunca mueren en la sangre generosa, triunfaba de su abatimiento.

Se erguía entonces con ímpetu repentino, y abandonaba febrilmente el velero negro.

Por estas rarezas repetidas, empezóse a comprender que el joven señor, pasando de uno de sus navíos al otro, quería vivir en el uno sus alegrías y en el otro sus penas, y simbolizar así, por una sensible imagen poética, la alegría y la tristeza de que se compone toda humana existencia.

De los dieciocho a los treinta años, Donato Guicciardini pocas veces abandonó el velero blanco, haciendo en el otro escasas permanencias.

Y al huir su primera juventud, a sus treinta y un años, por tres veces tuvo que dejar el blanco navio por el velero de la Desesperación.

En cierta ocasión, y a bordo del sombrío bajel languideciendo de melancolía, el tiempo le transcurrió sin que se diera cuenta.

Cuando tuvo treinta y cinco años, se apercibió con espanto de que, sin darse cuenta de ello, vivía desde hacia dos años en el bajel de negro ébano.

Y, al comprenderlo, presintió que su verano había acabado. Recogióse, y, por haber abusado locamente de todos los placeres, encontróse el alma saturada de ese cansancio, esa duda y esa indiferencia contra los cuales creyó imposible luchar.

Dijo a sus íntimos que ahora sus dos naves tan amadas poseían excesivo cargamento, y que le sería tan imposible añadir a un velero una sincera alegría, como al otro un verdadero dolor.

Regresó a tierra y habitó el palacio, donde vivió solitario y pensativo, no teniendo más distracción que acodarse en una terraza de mármol que dominaba la bahía.

Desde allí contemplaba con enternecimiento las dos naves ancladas, que el mar mecía blandamente como a dos cisnes dormidos.

Todo lo que en su corazón quedaba de ternura, iba concentrado en la mirada que fijamente por largo tiempo mantenía sobre uno u otro de los dos veleros, a cuyo bordo ya no deseaba subir y su alma no vivía más que en la evocación de los recuerdos que le suscitaban.

Un día, en una tentación suprema de violar el destino y de forzar el porvenir, tuvo la idea de dejar a la voluntad del mar lo que poseía de más querido: la blanca nave que guardaba sus ilusiones y el negro velero sobrecargado de sus sufrimientos.

En aquella empresa, Donato puso la misma fe supesticiosa que en su juventud daba a todo.

Dijo que el resultado sería presagio de lo que le reservasen los

largos días que le quedaban aún por vivir.

¿Cuál de sus dos naves sucumbiría? ¿Cuál haría el más feliz viaje?

Con un retorno de su energía, hizo aparejar los dos veleros, pero a última hora tuvo aquella debilidad muy humana de querer influir en la suerte y el azar.

Equipó la blanca nave de hombres jóvenes, robustos y con alegre energía para desafiar las más recias tempestades, mientras que en el velero de ébano sólo embarcó hombres envejecidos en el luto, la miseria, el rencor y la desesperación.

Y hechos todos los preparativos, Donato Guicciardini subió hacia la terraza, desde la que, con dos banderines, debía dar la señal de zarpar.

Hacia el atardecer, viendo en el horizonte, bajo la jauría alocada de los nubarrones, culebrear los relámpagos, Donato Guicciardini desplegó el negro banderín.

El huracán bramaba tan terriblemente, que los viejos lobos de mar del velero negro, prestos a izar velas, palidecieron de angustia.

Pero obedecieron. Silenciosamente, como en una indiferente espera de la muerte, el velero de la Desesperación abrió al furioso viento sus alas de pájaro de la noche, y zarandeado, levantado, impulsado por la rabia espumeante de las olas, partió raudo como venablo hacia el caos de horror y espanto de la tormenta.

Al amanecer, amainada ya la tempestad, purificado el azul e inundado de sol el cielo, Donato Guicciardini agitó el banderín blanco.

Y sobre las clementes olas, a los cantos de alegría de los jóvenes marinos, la nave blanca deslizóse rasando la ola como una gaviota ágil, y se lanzó radiante y confiada, endoselada por la serenidad del cielo sobre el tranquilo tapiz del mar.

A la aurora siguiente, como había sido indicado a las dos tripulaciones, para su regreso, Donato Guiciardini corrió a la terraza.

Vió que el velero de ébano hahía vuelto al puerto. Sin averías, venció la horrible tormenta, y apacible, indolente, meciendo como la antevíspera su cargamento de desesperados, el velero negro dormitaba muellemente en la bahía azul.

Pero ni aquel día, ni al siguiente, ni más tarde, el otro, el blanco velero que guardaba las ilusiones de Donato Guiciardini, nunca más regresó.

—¡*Tudieu*!—exclamó el barón Gontrán d’Eperlan, al terminar Aldo Guicciardini—. ¡Bella historia que pone piel de gallina! ¿Y qué

fué de vuestro hermano? 1

—Os podría contestar, barón, que nunca fueron las preguntas las indiscretas, sino las respuestas; pero, ya que empecé, termino. Mi hermano no quiso morir cobardemente. Capitaneó el velero de la Desesperación, y nunca más regresó. Dijeron… que el turco lo apresó. Otros, malintencionados, dijeren que habíase convertido en pirata sin fe, sin merced y sin corazón, asolando, enlutando y dejando estela de sangre tras su negra nave.

Reinó otro silencio, y como colofón dijo el obeso toscano:

—Sea lo que fuere, mi hermano Donato me quería mucho, y yo le correspondía.

—Si no lo consideráis indiscreción, Ilustrísimo— inquirió Luciano Risco—. ¿Nunca hicisteis investigar el posible fin de Donato?

—Todo resultó inútil. Con vuestro permiso, señores. iré a recocer mi bastón y a dar mi acostumbrado paseo marinero.

Desde la terraza hacia el interior de la escalera conducente al piso alto, había un corredor en penumbra.

Colgaban armaduras, jarros y musicales instrumentos en heterogénea mezcla.

Desfiló primero Aldo Guicciardini, seguido por Marco Véneto y Luciano Risco.

En la penumbra, una mano no pudo resistir la tentación, y arrancaron los dedos un hábil arpegio del laúd…

Capítulo V

COTAS DE MALLAS Y ANTIDOTOS

Después de la conversación sostenida con sus hijos, Matteo Trozzi despidiólos con gesto perentorio, sabiendo ya que cada uno de ellos procuraría por todos los medios evitar que Ferenc Mijail se infiltrara en Palacio.

Al irse Falco, Umbrío y Trentino, apareció Jacoppino. Andaba a paso lento, inclinada la cabeza, apoyándose a modo de bastón en su larga espada con aire de pesadumbre, y por entre dientes recitaba letanía irreverente de oración de difuntos...

—*Miserere nobis... Mortus est qui non respirabus... De capus al calderus de Pericus Boterus, Mateus...*

Matteo Trozzi, cerrado el puño, lo agitó hacia el bufón.

—Cuando termine con el bohemio, me| las entenderé contigo, ¡perro bastardo!

—No antes..., mi rey, porque sabes que tu vida vigilo. Además, ¿no recuerdas la predicción de los astros? Estamos ligados. Muerto yo, no me sobrevivirías un día. Tú mueres, y no más de veinticuatro horas aliento yo. Comprenderás que tengo el máximo interés en que sigas infestando mi aire con tu aliento. Estoy por todas partes, y esta noche vigilaré como un Argos redivivo. Argos, el gigante de los cien ojos. Y hora es de que hablemos de cosas serias. Si yo te traigo atado de pies y manos al bohemio, ¿cuánto me darías?

—Diez mil ducados.

—¡Qué lástima! ¿Y han de ser precisamente la carne y huesos de Ferenc Mijail los que te traiga? No me bufes, mi rey. Tengo mis sospechas, barrunto mis cosillas, olfateo extrañas rarezas...

—¡Habla!

—¿Y si Ferenc Mijail estuviera lejísimo de Capri? ¿Y si fuera alguno de tus enemigos el que sembrara pánico acuñando monedas con la doble aspa, marcando prebostes y teniéndonos asustados?

—Pudiera ser...—dijo Matteo Trozzi, acariciándose la barbilla, pensativo—. Hasta ahora, ¿qué presencia tenemos? Monedas, marcas, mensajes... ¡Pero él no ha aparecido!

—Aunque lo hiciera esta noche, si ninguno de nosotros lo conocemos, ¿cómo íbamos a reconocerlo? A la mano cerrada, llámala puño. Y ya que condesciendo a hablar contigo de igual a

igual, estudiemos el caso, Gran Duque. Todos te odian en la ciudad, cosa que te complace. ¿No puede haber algún desesperado que haya recurrido a esta treta, sabedor del terror que impone Ferenc Mijail, y pensando, además, que así se libra de represalias?

—Cierto.

—Hay un fácil remedio. Que en toda la isla sólo queden vivos la familia Trozzi, los prebostes y esbirros, y Jacoppino. Pero, entonces, ¿quién llenaría tus arcas y trabajaría para vosotros? Descartemos esta solución. Manda escabechar a cuantos extranjeros hay en la ciudad. Entendiendo por tales a los forasteros.

—Los hay, pero no deseo enemistarme con poderosas repúblicas o marcas, que podrían mandar contra mí sus condotieros.

—Personalmente, cúidate. La Calva puede acudir en el festín de dos modos: acero y Veneno.

—Contra ambos me he precavido.

Dió Matteo Trozzi un recio golpe en el escudo de bronce que colgaba al lado de su sillón, en el estrado.

Pasaron unos minutos, durante los cuales reanudó sus paseos con cantinela fúnebre el esquelético bufón.

Falco Trozzi apareció.

—A vuestro mandato acudo, Excelencia.

—Que vengan los tres herreros. Y traigan las cotas que les ordené fabricarme. Y tú, con tus dos hermanos, vigila, vigila incesantemente. Vete.

Salió el mayor de los Trozzi. Jacoppino interrumpió su paseo.

—Si te colocas tres cotas de malla, una encima de otra, tendrán que llevarte a rastras cuatro forzudos gañanes, mi rey. Además, no te impedirán tragar veneno.

—Micer Gretto me ha suministrado antídotos de varias clases, infalibles contra todo veneno, ¡Pasad!

Tres herreros con sus mandiles chamuscados, atléticos, saludaron con genuflexiones mientras se iban acercando.

Llevaban al brazo tejido de mallas de acero.

—Os pedí la mejor cota de mallas. La que resistiera el más recio golpe de acero. Prometisteis.

Ellos asintieron. Jacoppino daba vueltas alrededor de ellos, asaeteándoles con rápidas miradas, crispadas las mandíbulas...

—Tiemblan, mi rey. ¿Miedo, conciencia intranquila, asco que les doy? ¿Quién lo sabe?

—¡Vestid las cotas!—exclamó, tonante, Matteo Trozzi—. ¡Pronto! Quiero ver cómo cierran y cubren.

Con gestos torpes, molestos por las pullas del bufón y las

iracundas miradas del tirano, los tres herreros revistieron las cotas de mallas, que llegaban a cubrirles la cabeza, dejando sólo libre el óvalo del rostro.

—Ven acá, hijo de una perra y un diablo—llamó Matteo.

—Éste soy yo—rió Jacoppino—. Mi rey es un encanto bautizando. ¿Qué me quieres, mi rey?

Inclinóse Matteo Trozzí, y al oído del bufón fué hablando. A medida que lo hacía, los crueles y estrechos ojos del bufón se agudizaban contentos.

—Bien, bien, bien...—Y, separándose del estrado, acercóse al más próximo de los herreros. —Mi rey, que lo es también tuyo, me ordena que compruebe la solidez de estas mallas. ¿Respondes que son adecuadas para resistir el más duro acero?

—Sí.

Desenvainó rápido el bufón su largo puñal, que con fiera destreza hundió repentinamente en el costado y en el pecho del herrero.

Vaciló éste, pareció querer asirse al aire, y cayó desplomado. Miróle Jacoppino, y dijo:

—Éste, no sirve. Su trabajo era de mala clase, mi rey. Ni siquiera melló mi puñal.

El segundo herrero pestañeaba, lleno el rostro de sudor...

Con elasticidad de simio, Jacoppino saltó hacia el tercero, tratando varias veces de hundir el puñal...

Rechinaron las mallas... Retrocedió el herrero por la fuerza de los golpes.

Pero el puñal se había quebrado. A los pies del bufón cayó la daga que le lanzaba Matteo Trozzi.

Repitió, sañudo, y quebróse la daga.

—Esta cota sirve, mi rey.

—Quédate con la otra, Pino. Te la has ganado.

—¿Con prueba o sin ella?

—Espada tienes.

—Es toledana, mi rey. No quiero estropearla.

Recogió los dos aceros quebrados y con ellos golpeó repetidamente las mallas que vestían al segundo herrero.

Cuando sólo le quedaban las empuñaduras, resoplando. sudoroso, reconoció:

—Estos dos conocen su oficio. A fe de entendedor, que son las mejores cotas que he tanteado.

—Entregadlas a Jacoppino, y pasad por la sala del tesorero. Que os entregue... cien ducados a cada uno.

—Gracias, mil gracias; tu siervo soy, Excelencia.

—Vuestro servidor siempre, Excelencia.

Y ambos andando de espaldas, saludando, iban a irse, cuando, tonante, rugió el Gran Duque:

—¡Llevaos esta carroña, torpes imbéciles!

Apresuradamente obedecieron los dos herreros, llevándose entre sí el cadáver de su compañero de oficio.

Jacoppino hizo pucheros, simulando el pataleo de un llorón...

—¡Cien, ducados! ¡Pródigo! Con cinco bastaba. Me llevas a la ruina, Matteo. ¡Oh, prodigios; oh, cielos; oh, portentos! ¿Sueño o estoy despierto ? ¿Sufro visiones?...

—¡Calla ahora, Jacoppino!

Isolda e Iolanda avanzaron cogidas de la mano, inclinada la cabeza. Tendió Matteo bruscamente su diestra, que ellas besaron.

—No os mandé llamar. ¿Qué queréis? ¡Habla tú, Iolanda!

—Hemos... pensado, señor, que vos nos podríais dejar acudir a la fiesta que esta noche...

—¡Diles que sí, padrazo! Serán antídoto contra el ambiente de sangre que se olerá por entre los platos y frascos...

—No es lugar para vosotras. Regresad a vuestras habitaciones y no salgáis de ellas. Que sea ésta la primera y la última vez que hacéis petición tan impropia de vuestro estado y edad.

Cabizbajas abandonaron ellas la sala. Habían desoído el consejo de Lucrezia, la madrastra, que les dijo que ni ella misma lograría de Matteo Trozzi que consintiera.

Jacoppino sonrió, mostrando los sucios dientes, en mueca de hiena gozosa:

—Te molestan, ¿verdad, mi rey? Son puras, son imágenes angelicales, y te parece imposible que sean tus propias hijas. Deberías dejarlas asistir. Es carencia de tacto político.

—¿Qué dices, imbécil?

—Entre los invitados están, según consta en la relación del preboste Giorgio, un gordo toscano, que quiere ser el embajador de Roma. Otro de mejor aspecto, veronés, riquísimo, hijo de naviero. Y un florentino, que fué secretario del Consejo. Un matrimonio con Verona, Roma o Florencia, te apuntalaría...

—Pensé en ello, bobo. Pero... asistirán ellas otro día, cuando regresen los enviados que han partido a Francia, a Verona, a Roma y a Florencia, para cerciorarse de si los tales son lo que representan.

—¿A Francia?

—Un barón llamado D’Eperlan dice ser y cartas tiene de relator de rey. Podría ser Ferenc... Mas debo tratarles como a emisarios,

porque mientras no vuelvan los enviados, el matarlos supondría para mí un grave peligro. Y ahora, ayúdame a revestir la cota, y ceñirme cubrecabezas y ropa que oculte las mallas.

—Da gusto vivir así, Matteo. ¡Y pensar que los pobretones que comen sardinas sin antídoto y visten camisa a flor de piel, te envidian! ¡Ah, mísera humanidad!

Capítulo VI

UNA DOBLE ASPA

Micer Gretto volvió a cerrar la boca del saco después de arrojar en el interior insectos que de alimento servían a sus reptiles venenosos.

Despabiló las llamas de las diversas velas, y se detuvo ante la jaula de un gran murciélago que, asido arriba, dormía cabeza abajo, tendidas las membranosas alas.

Al oír llamar en su puerta, acudió, remolón. Abrió, y, al reconocer a la visitante, hízose amable.

—Bienvenida, madona lolanda. Pasad, pasad... ¿Filtro de amor, leer los horóscopos, ungüentos de belleza? ¡Torpe de mí! No necesitáis mis artes, porque Dama Naturaleza fué generosa con vos...

Más decidida que su hermana, aunque a disgusto en el antro, Iolanda explicó:

—Desearía, micer, uno de esos brebajes que pudiera hacerme dormir desde la hora en que empiece el festín hasta el amanecer.

—Faltan... dos horas. Pongamos desde las diez hasta las seis, ¿no es así, madona? Este mismo os servirá.

Y de un estante repleto cogió el nigromante un frasquito que contenía un líquido amarillento.

—¿Tiene mal sabor, micer?

—No. Ningún sabor. Bebedlo con vino y no notaréis nada, madona.

Ella escondió el frasquito en su escarcela. Buscó algo agradable que decir:

—Os admiro, micer. Dedicáis vuestra existencia a descubrir los arcanos secretos.—Y viendo agitarse una salamandra, añadió, precipitadamente: —Buenas noches, micer.

Mantuvo el astrólogo la puerta abierta, viendo alejarse a la hija mayor de Trozzi, seguida por el paje Tulio y el preboste Bruno.

Cerró lentamente. Volvió a abismarse en la contemplación del enorme murciélago.

* * *

El propósito de lolanda Trozzi era poder conversar sin testigos

con su mudo adorador. No deseaba que el paje Tulio oyera y pudiera delatar a Umbrío la verdadera razón por la que el preboste Bruno servía de escolta.

En tal propósito no alentaba la menor intención deshonesta, ya que era solamente un afán de evadirse del diario vivir apesadumbrado lo que la impulsaba a buscar la ocasión de poder dialogar a solas para evitar cualquier atroz represalia de su padre o hermanos.

Incitada por la seguridad de que, debido a la fiesta que iba a tener lugar en Palacio, no existiría el menor peligro de ingerencia por parte de sus temidos familiares, encontró casi gozosa satisfacción en preludiar lo que para ella iba a ser una diversión.

No se detuvo en meditar. Por un sentido de tradición inculcado desde su más tierna infancia, para ella los pajes no eran hombres, sino seres que debían servir para cuantos menesteres eran requeridos.

Pero un preboste de los Trozzi era ya un valiente, un hombre sin temor, que había sobrevivido a cruentas batallas y reyertas.

Y si por añadidura un preboste era como Bruno, arrogante y casi señorial en su física apariencia y modo de vestir, entonces casi podía compararse con un caballero.

Salió ella de su alcoba, y al penetrar en la salita donde acostumbraba a bordar y leer, el paje Tulio y el preboste Bruno pusiéronse en pie.

Para el paje y el preboste la hermosa doncella era un ser inaccesible, por alcurnia y por la temible amenaza que representaba ser una familiar de los Trozzi

Tenían por obligación velar para que nada le sucediera, y ni en sueños imaginaban que ella pudiera ser simplemente una mujer con idénticos anhelos y sentimientos que una mujer del pueblo.

—Tulio—pidió ella, ccn espontánea autoridad—. Alcanza donde sea jarro de hidromiel. La noche se anuncia calurosa, y quiero disponer de la sabrosa bebida.

El paje abandonó la salita. Bruno, el preboste, quedó impávido, endurecidos sus rasgos faciales y lejana la mirada.

No temía que la joven adivinara su amor, puesto que si ella tal sospechara, seguramente lo habría acusado ante Umbrío, y las jaurías de éste habrían destrozado al osado que pretendía considerar a Iolanda Trozzi, una mujer.

No hacía caso de las malignidades del bufón Jacoppino. Le bastaba saber que si cualquier mal acechaba, él sabría defender a la mujer que secretamente adoraba con el fanatismo de un místico.

Iolanda Trozzi, con tono indiferente, y mientras, sentándose, arreglaba los vuelos de su larga falda, inició un diálogo:

—Posiblemente, preboste Bruno, estaréis aquí muy a disgusto, ya que preferiríais encontraros en las salas del banquete.

—Para mí, madona, no hay mayor honor que el haber sido destinado a serviros de escolta.

—Todos los caballeros, por galantería, dicen agradables mentiras, preboste.

—No soy caballero, madona. Soy un napolitano de baja extracción.

—¿Qué entendéis por baja extracción?

—Los que pobres y míseros nacimos, los que hambre hemos tenido sin poder llevarnos a la boca un mendrugo de pan, sintiendo en nuestras entrañas mordeduras rabiosas... Pero perdón os pido, madona, por disgustaros con relatos que no debéis oír.

—Al contrario. Debo oírlos. ¿Qué es tener hambre? ¿Es posible que el pan no sea manjar al alcance de todos?

Entraba en aquel instante el paje Tulio portando un gran jarro de plata.

Lo entregó a Iolanda, haciendo una reverencia. Ella, sobre la mesa, había colocado tres copas cinceladas.

En el fondo de una de ellas había vertido el brebaje productor de sueño que había solicitado de micer Gretto.

Y en esta copa, destinada a Tullo, escanció hasta los bordes el rico hidromiel. Sirvió en las otras dos copas.

Gentilmente, dijo:

—No es justo que, mientras en Palacio todos están contentos y beban a placer, vosotros no tengáis siquiera algo dulce que refresque vuestras gargantas. Toma, Tulio, y vos, preboste, bebed también.

Los dos obedecieron como si se tratase de una orden más. El paje Tulio apuró enteramente la copa, mientras que Bruno, más comedido, bebió a sorbos, sin mirar a la que, en pie frente a ellos dos, saboreaba la dulce bebida.

Depositadas las tres copas sobre la mesa, preguntó ella lo que ya sabía:

—¿A quién le pertenece el turno primero de servicio?

—A mí, madona—dijo Bruno.

Tulio dio una prolongada cabezada para asentir. Ella, despidióse:

—Hasta mañana.

Saludaron ambos. Tulio tardó unos instantes en recuperar su

equilibrio, y, ya desaparecida en su alcoba Iolanda Trozzi, comentó el paje;

—Tengo un sueño atroz, señor preboste. Voy a mi sitio a tenderme, y si acaso me necesitarais...

Con leve desdén, replicó el aludido:

—Vete a dormir, paje. Donde yo estoy no necesito ayuda, si no es mesnada numerosa la que ataque.

El paje Tulio tendióse encima de la alfombra, fuera de la puerta entreabierta.

Bruno, desabrochando los hierros de su cinto para aflojarlo, púsose cómodo.

Sabía permanecer largo tiempo sin pensar en nada concretamente. No supo el tiempo que había transcurrido cuando vió la grácil figura de Iolanda enmarcarse en la puerta de la alcoba.

Iba a ponerse en pie, pero ella, con un ademán, le ordenó se quedara sentado.

Y segura del profundo sueño del paje Tulio, acercóse para sentarse en el diván, cerca del preboste.

Bruno no consideró aquello como muestra de privilegio. Los bufones y los pajes sentábanse cerca de sus dueños si éstos lo ordenaban así.

—Estoy desvelada, preboste Bruno.

—¿Algo os inquieta, Madona?

—Sí.

—¿Visteis u oísteis algo que os asustó? Dejadme ir a...

—No se trata de ningún miedo. Es que... sigo pensando continuamente en lo que decíais antes.

Bruno, que había olvidado totalmente de qué se trataba, arrugó la frente, tratando de recordar.

—Dijisteis, preboste—ayudó ella, para entablar el diálogo—que hay personas que pasan hambre y no tienen pan. Yo, poco he salido al mundo. Y el que conozco es el que nos rodea. Nadie tiene hambre. El pan sobra, y los perros están hartos con las sobras que tiramos.

—Así es ley de naturaleza, madona. Y tal debe ser. Los hambrientos no tienen derecho a importunar, sino que deben luchar como sea, para conseguir saciar su apetito.

—¿Vos pasasteis hambre? Contadme, preboste Bruno, que quiero conocer lo que sucede por ese mundo que nunca habité. Decidme cuál era vuestra vida antes de entrar al servicio de mi hermano Umbrío. ¿Qué hacíais? ¿Quiénes eran vuestros padres? ¿Quién es vuestra esposa? ¿Cómo viven vuestros hijos?

Ingenuamente, el rudo preboste, replicó por el final:

—No tengo hijos, madona, porque no estoy casado. Mis padres eran dos marisqueros de extramuros de Nápoles.

—¿Marisqueros?

—Son gente que arranca de las rocas los moluscos y crustáceos que sirven de comida a quien gusta de tal manjar. Muchos son los que a este menester se dedican y pocos los que comen tales carnes de mar, que mucha sal tienen.

—Pero así nunca hambre pasaríais. En abundancia habría estos moluscos que decís.

La naturalidad con que Iolanda llevaba la conversación, fue haciendo más locuaz al preboste Bruno.

—Esta pesca sólo es posible en ciertas épocas del año, madona, y además requiere para ser comida, el añadirle aderezos siempre caros, porque en crudo causan daño y pueden envenenar, y en hervido no tienen valor de alimento, y no siempre, se dispone en las casas pobres de leña para hogares.

—Parece increíble cuanto me decís—comentó ella sinceramente, dilatados sus bellos ojos—. Seguid, que me interesa conocer estas malaventuras, para poder remediarlas de ahora en delante.

El preboste continuó, animado y sintiéndose en aquellos instantes capaz de dar su vida en medio de las mayores torturas, si tal fuera el deseo caprichoso de Iolanda Trozzi:

—Yo logré salir de la miseria, porque un día, madona, ante vuestro hermano mi señor Umbrío, vencí en lucha denodada a un hombre.

—¿Qué os había hecho éste?

—Era servidor de un caballero enemigo de la casa Trozzi. Yo lo ignoraba, pero al ver que por la espalda pretendía apuñalar a mi señor Umbrío, logré evitarlo. Pero era hombre bien nutrido, y yo escasamente comía. Vuestro hermano apartóse para dejar que siguieran mis esfuerzos destinados a impedir que el otro me matase.

—No lo comprendo. ¿Cómo no intervino Umbrío, en vuestro favor, puesto que le salvasteis de la traidora acometida?

—Un señor nunca se interfiere en lucha de plebeyos, madona—casi reprochó severamente el preboste, con gran convencimiento.

En el umbral, atravesado sobre el suelo, el paje Tulio dormía eternamente.

En su cuello aparecían dos huellas moradas. En la frente, un puñal le había trazado una doble aspa.

Y en el obscuro corredor, junto a la entreabierta puerta, una escalofriante y terrorífica figura permanecía inmóvil.

Era un cuerpo largo, velludo, membranoso... Una cabeza estrecha, alargada, de corvo pico, sin parecido humano alguno.

A cada lado, dos grandes alas estrechas y verticalmente dispuestas, hacían pensar en un enorme murciélago...

Iolanda Trozzi y el preboste Bruno seguían conversando :

—Logré por fin derribar y dar muerte al enemigo de los Trozzi. Entonces vuestro hermano, mi señor Umbrío, me propuso servirle. Desde entonces... ya no he sabido lo que es tener hambre.

—Habréis intervenido en muchas acciones de bello recordar. Luchas valerosas, duelos encarnizados, y siempre vuestra leal espada habrá sabido vencer con honra.

El preboste, luchaba con dos contradictorios impulsos: desengañar a la ingenua, o darle la razón, prefiriendo pasar por un leal luchador que por lo que era realmente: un simple esbirro, que muchas veces había cometido acciones viles.

Servíale a sí mismo de excusa decir que las cometió por orden de su señor. Pero acusar al propio hermano...

Por suerte, ya Iolanda deseaba penetrar en más íntima conversación, y como toda ingenua ignorante, que no posee más astucia que la que con toda mujer nace, empezó a poner en apuros al rudo esbirro, sin proponérselo.

—Y doy por seguro, que tendréis ya bella prometida.

—Todavía no, madona.

—¿Es posible? ¿No dejasteis en Nápoles triste y afortunada doncella que cuenta con impaciencia los minutos?

—No, madona.

—¿Ni en Capri hay quien por vos se esmere en acicalarse, esperando la distingáis?

—No, madona.

—Difícil es creeros. ¿O a lo mejor... no os gustan las mujeres?

—¡Madona!—exclamó, con arrebato indignado, el preboste.

—No os acaloréis. Quise decir que preferís la mesa y la lucha, a las necias y débiles mujeres.

—Es que... La dama a la cual quiero no lo sabe.

—Decídselo.

—¡Es imposible!

—¿Por qué?

—Ella... está tan lejos de mí como el sol lo está del mísero árbol sin frutos. Si ella supiera tan sólo... que he tenido el valor de adorarla, no me lo perdonaría.

—Lo que no os perdonaría es el silencio. ¿Quién es? Andad, no os encojáis... Tratadme como a un amigo, que así os trato.

—Ved, madona, que... peligrosa es esta conversación.

—¿Por qué?

Pensó Bruno que las ingenuas y los niños tenían la facultad de poner en aprietos con sus repetidas interrogaciones.

Iolanda Trozzi sentía un delicioso cosquilleo en las sienes al latir más apresuradamente su sangre

Enrojecido el semblante, Bruno dijo:

—Pensad que quiero a una dama de muy alta alcurnia.

—En Capri, las damas de alta alcurnia muy contentas estarían de teneros a vos, un preboste de la casa Trozzi, como rondador.

—No es de aquí...

—Me estáis ya intrigando… ¿La conozco?

—¡Mucho!—exclamó él,

Prolongó ella la tortura.

—Podría hacérselo saber, si me decís cuándo empezásteis a quererla, y de qué modo la queréis.

—Fué un día en que estaba ella recogiendo flores, y atándolas con lazos sedosos. Iba abrazándolas, y era en primavera. Desde lejos no la reconocí porque me había acostumbrado a considerarla una niña. De pronto por aquel día soleado, surgió ella como mujer... y en mi corazón su imagen se grabó ya para siempre. Era esta primavera...

—¿Y cómo la queréis?—inquirió ella, temblorosa la voz—. ¿Qué seríais capaz de hacer por ella?

—No puedo explicarlo, madona.

—¿No tenéis confianza en mí?

Estaban ambos cerca. No oían ni veían más que sus voces y sus semblantes.

La puerta fué entreabriéndose lentamente...

—Sí, madona... Os hablo como... nunca pensé hacerlo... ¡Sois vos... tan divina, tan lejana para mí! Sois vos... Tenéis la pureza de un ensueño de caballero, y yo soy un mísero soldado...

Insensiblemente ella para oír mejor la vez que enronquecía, aproximóse. Sus labios mórbidos, infantiles aun, carnosos sin tentación, pero irresistibles... enloquecieron al rudo napolitano.

Sus brazos enlazaron la breve cintura, y con furia, y a la vez con suavidad, besó a Iolanda Trozzi.

Ella, sobrecogida, sin esperar tal gesto, debatióse... Pero eran argolla de hierro los musculosos brazos, y eran hálito quemante los ardorosos labios viriles.

Sintió ella que su cerebro vacilaba como si estuviera meciéndose en columpio de vaivén pronunciado e indominable.

Sus ojos abiertos no veían más que el rostro tan cercano al suyo. Y súbitamente una gran sombra, al interponerse entre la llama de la antorcha y la pareja, proyectó obscuridad...

Y estando despierta, creyó ella en pesadilla producida por la ignorada consecuencia de un primer beso de pasión y brutalidad...

Los labios de Bruno enfriáronse repentinamente, mientras ella, empujada hacia atrás, tardó en darse cuenta...

Su talle liberado, los brazos colgantes, la lenta caída del preboste...



Y, desangrándose, cayó de bruces.

No vió el puñal que hirió en la nuca. Vió tan sólo un gigantesco murciélago...

Quiso gritar y no pudo. Abrió la boca para lanzar un alarido, y creyó haberlo pronunciado.

Su garganta estaba muda de físico terror sin nombre. El murciélago adelantó las manos...

Pero estranguló a una desvanecida. Poco después, en el lecho, quedaba recostada Iolanda Trozzi, sin vida.

A los pies del lecho, el preboste Bruno parecía suplicar. Sus dos manos reposaban sobre el damasquinado tejido que en rojo hacia resaltar la blancura del ropaje femenino.

El hombre ostentaba en la frente, al igual que Iolanda de Trozzi, una doble aspa trazada a punta de puñal.

La horrible figura salió de las habitaciones, y lentamente esfumóse, alta, lóbrega y esquelética.

Capítulo VII

FIESTA EN PALACIO

—¡Perro impertinente! Sabes que te he dicho que en toda la noche no debes separarte, ni te separarás de mi lado—masculló sordamente, en voz baja, Matteo Trozzi.

Jacoppino, sentado en cuclillas junto al sillón que a la cabecera de la más larga de las mesas, ocupaba el Gran Duque usurpador, silabeó:

—¿A dónde iría yo que estuviera mejor que a tu lado, mi rey?

La cena, copiosa y complicada en platos dignos de un Lúculo hambriento, tocaba a su fin.

Por aparente deferencia, había sentado Matteo Trozzi cerca de él, a los cuatro forasteros.

Marco Véneto estaba junto a Aldo Guicciardini. Y Luciano Risco tenía a su lado al supuesto barón d'Eperlan, que no había despegado los labios en toda la cena, más que para devorar con gran placer.

Matteo Trozzi sabía ser gran señor. Conversaba animada y placenteramente con sus invitados.

Dábanle adecuadas réplicas, los tres que ponían más mesura que Bruyant en comer.

De vez en cuando, Jacoppino, entre bocado y bocado que en rebatiña quitaba de la fuente colocada ante Matteo Trozzi, intervenía agudamente, como acostumbraba: con insolencia, mezcla de poco gracejo y mucha malignidad.

Saltaba hacia atrás cuando en gesto amenazador la diestra del Gran Duque amagaba un golpe.

En otras dos mesas paralelas, los demás invitados y los tres hermanos Trozzi conversaban.

Pero se percibía que reinaba cohibimiento. Eran encogidos los gestos, falsas las sonrisas, y forzados los cumplidos.

Todo el mundo parecía estar esperando algo. Tal vez los que se comportaban con más naturalidad eran los cuatro forasteros alojados en el mesón del maestro Pasquale.

Aprovechando una pausa de silencio, Luciano Risco inclinóse hacia su compañero :

—Creía, mi señor barón d'Eperlan, que no teníais invitación para asistir.

—La conseguí, gracias a mi insistencia cerca de Trentino Trozzi,

y confieso que no tuve que insistir mucho.

—Desengañadme si digo necedad, mi señor barón d'Eperlan, pero creía también que vuestro superior no os deseaba en Capri.

—Todo parecerá muy lógico, cuando sepáis lo que sucedió. Al parecer, una dama, muy autoritaria, estimó mejor que me ausentara. Y no sabéis cuánto sufrí al tener que abandonar al loro...

—Cierto que esta salsa es deliciosísima—comentó Luys Gallardo, el pseudo Luciano Risco, al observar que Matteo Trozzi les miraba.

—Es curioso, señor Risco—dijo Matteo Trozzi—. Tengo la certeza de que nunca habéis estado en Capri o en Nápoles, y no obstante ciertos rasgos vuestros no me son desconocidos.

—La familia Risco es abudante, Excelencia.

—Risco es bonito apellido—sonrió Marco Véneto, que asió su pomo de esencias, y aplicóse el estrecho gollete afilado en un orificio nasal, aspirado a fondo. Tras esta pausa añadió:

—Significa riesgo, piedra, altura pétrea...

—Tampoco es feo el vuestro, gran príncipe— terció Jacoppino —. Cazador, montería, cetrería...

—Excusad a este bribón, señor Véneto—dijo Matteo Trozzi—. Se lo cree todo permitido...

—¡Anda, pues esto es lo pactado! Yo soy el que por obligación debe meter cizaña, y tratar de hacer reír. Gracioso no lo soy mucho, pero en cuanto a meter cizaña, soy el mejor. ¿Me pones a prueba, Excelencia de mis amores?

Con gesto benevolente, Matteo Trozzi dió su consentimiento, Jacoppino señaló repentinamente con su largo brazo a Bruyant Lartiguers...

—¡Helo aquí! ¡Éste... éste es Ferenc Mijail!

El gascón, que mordisqueaba un tallo de blando espárrago, lo cortó en seco, y atragantóse.

Matteo Trozzi rió suavemente.

—No os enojéis, barón. Resulta que hay al parecer indicios de que un bandido bohemio ronda la isla, y se ha permitido matar a unos cuantos de mis prebostes...

—¡Hay más, hay más!—gritó el bufón.

En las otras mesas, las conversaciones cesaron. Sólo se oyó la voz de Matteo Trozzi que ufano, con calmosa entonación, explicó:

—El bandido, o quien lo suplante, que todo es posible, se ha permitido enviarme una de las monedas que significan muerte. Si creyó atemorizarme, dió un paso en falso. Sólo logró que tomara yo toda dase de precauciones...

—¡Hay más, hay más! Vivimos en un infierno, vamos al lecho

sin saber como amaneceremos. Si legañosos y bostezando, o putrefactos y nauseabundos. Y yo digo… ¡Ferenc o quien sea, se ha propuesto darnos lenta muerte por agonía!

En rápido revés la diestra de Matteo Trozzi quiso imponer silencio al bufón. Jacoppino tumbóse hacia, atrás, apenas rozado gracias a su ágil desplome…

—Lo que un perro como Jacoppino dice, no puede nunca ser considerado digno de lo que piensa o dice su señor—intervino Marco Véneto—. Todos sabemos, Excelencia que en la familia Trozzi la palabra “miedo” carece por entero de significado.

—Verdad de axioma—apoyó Aldo Guicciardini.

—¿Axioma?—chilló Jacoppino— ¿Qué salsa es ésta, que no me la serviste, Excelencia? Te retiro la confianza. Quedas despedido.

Matteo Trozzi se puso en pie. Todos hicieron lo mismo. Y con amplio ademán, dijo el anfitrión:

—Como siempre, mis amigos, dueños sois de pasear por donde mejor os plazca. Jardines y estancias, vuestras son. Y cuantos me sirvan, a vuestro servido están.

Jacoppino inició una retirada.

—¡Acá, desgalichado!—exigió Trozzi—. Si vuelves a manifestar deseos de irte, te deslomo…

Aldo Guicciardini y “Luciano Risco” permanecían al lado del Gran Duque, quien atinadamente conversaba sobre las delicias de Roma, cuna patricia de artes y grandes empresas.

Luego, Matteo Trozzi se apartó de ellos, separándose también de los grupos que iban formándose.

—¿Qué veleidades te dan de querer abandonar la vigilancia que te he encomendado, truhán?— preguntó en voz baja a Jacoppino, que le acompañaba—. No debes separarte de mí. Y ahora dime: ¿Cuál de los cuatro forasteros te parece más sospechoso?

—Ninguno.

—¿Das por buenas sus credenciales?

—Digo que se me antojan todos sospechosos. Descartemos al gordo, porque…

—Su gordura puede ser relleno y cera. Otros vi.

—Escucha, Matteo. Me conozco en presuntuosos señorones embajadores, y Aldo lo es. No obstante, le vigilo.

—¿No te recuerda el elegante y guapo Risco a alguien?

—A otro joven imbécil como él, que en todos los salones de palacios se ven. No me gusta su mirada. Es de hombre a quien le importa un comino morir.

—Eso me pareció. Tentado estoy de privadamente comprobar si

los cuatro llevan disfraz, colores y arreglos... t

—¡Claro que lo llevan! ¡Es la moda, patán! El que más se acicala, más gran señor es. Además, ¿quieres que se te echen encima Roma, Verona, Florencia y Francia, si los cuatro resultan ser lo que dicen? Empiezo a comprobar que el invisible Ferenc te hace perder el habitual buen juicio, y a mí como de loco me convierte por la impresión en sensato, pues, aunque salgo perdiendo, sales tú ganando.

—Si perdiera mi buen juicio, colgarías ya de los pies, despellejado. Te soporto, porque bajo la apariencia de un insolente, sabes observar y, exponer ideas. ¿Qué opinas de Marco Véneto?

—Inhumano, como tú. Frío como un pez. Parece no tener sangre. Es fuerte. Mataría a cualquiera. ¿Dices que lavemos la cara a los que se pinten para encubrir defectos o disimular...? ¿Para qué va a disfrazarse Ferenc Mijail si nadie le conoce? Estoy pensando, Matteo, que he hallado el medio de desenmascarar al bohemio de la doble aspa. Sí, ¡Ya sé!

—¡Pronto! Di...

—Que te mate delante de mis ojos, y te lo entrego vivo. ¿Picaste, eh, pez gordo?—rió el bufón, alejándose a tres pasos.

Serenóse pronto Matteo Trozzi.

—Cien mil ducados y libre quedas, Jacoppino, si logras apoderarte de Ferenc Mijail estando yo en vida.

—Libre lo soy, pero me encadena a ti el deseo de saber cómo vas a terminar. Cien mil ducados me harían demasiado rico, y sudaría angustias abrazado a mi cofre reventón. ¿Me dejas que siga tras los pasos del barón d’Eperlan, que por allá se desliza hacia la escalera que conduce a tus habitaciones?

Brillantes los ojos asintió Matteo Trozzi. Desapareció el bufón. En todos los grupos que deambulaban por jardines y estancias, un tema era el preferente.

¿Qué se proponía Ferenc Mijail? ¿Dónde estaba? ¿Qué aspecto tendría?

Capítulo VIII

CABELLOS DE LLAMA, UN GASCON INFLAMABLE Y UNA HABITACION ESPECIAL

Lucrezia sabía que era del agrado de Maíteo Trozzi que no manifestase deseos de hacer acto de presencia en las fiestas que se daban en Palacio.

Despidió prontamente a bufones, pajes y criadas. Quería estar a solas, aunque no era cita de amores la que motivaba tal deseo.

Por puertecilla disimulada tras cortinaje, que ella dejó abierta al irse todos, penetró en la gran antesala, micer Gretto.

Llevaba bajo el brazo un fardo cuidadosamente envuelto en rígidos lienzos.

—Ya está.— anunció triunfalmente. Hablaba quedo.

De igual modo contestó ella:

—No dudo de tu saber, pero bien te dije que me parecía difícil supieras construir artilugio que impusiera tanto pavor como para impedir que quien lo emplease se viera en peligro.

—Yo te juro, Lucrezia, que con esto…—y golpeó suavemente sobre el fardo que acababa de dejar sobre la mesa—…todo es posible, si quien lo emplea sabe lo que quiere.

—Bien lo sé yo.

—Triunfaréis, Lucrezia. Ferenc y tú seréis dueños de Capri…

—…y cesará mi repugnante sometimiento a un hombre que odio con todas mis fuerzas, ¡Enséñame!

—Calma. Lucrezia. Pueden oírnos…

—¿Quién? Estamos solos.

Desenvolvió el nigromante el fardo. Veíanse telas escurridizas, negras, sin forma ni previsible utilidad.

—¿Qué es?

—Tiempo ha que estudio la forma y el perfil de un murciélago, y pensé que uno de tamaño aproximado a una persona alta, produciría un pánico indominable, porque es feo y además aquello que no se puede comprender paraliza las reacciones humanas.

Iba extendiendo, a medida que hablaba:

—Esta tela de mallas negras alarga el cuerpo hasta hacerlo casi esquelético… Lo mismo sucede con la máscara a la cual añadí un pico de buitre. Las alas son una obra de arte, Lucrezia. La membrana es pergamino pintado y aceitado. Y en la tela, he cosido

mechones de cabellos. Si ahora nadie nos ha de estorbar...

—Nadie.

—Puedes vestir mi invento. Tus medidas tomé para esto. Las alas, impedirán que por los costados pueda evidenciarse tu busto. Y de frente, la distribución de los mechones de cabello, logrará el mismo resultado. Un poco incómodo en el rostro...

Al cabo de unos instantes, micer Gretto, sonrió malévolo...

—Horrible, Lucrezia. Tú tan bonita, tan lozana, eres ahora una imagen espantosa. Y... como te dije, Iolanda me pidió adormidera, que dió al paje Tulio... ¿Querrá enamorar al preboste Bruno? No la creí capaz de liviandad.

—Tulio, Bruno y ella, me darán fe de que tus aseveraciones nunca fallan. Pero el preboste es fuerte.

—Sansón ante ti ahora, tardaría en reaccionar. Este puñal, tiene la cubierta de fina piel negra. No destellará. Llévalo en la enguantanda diestra... Eres fuerte, Lucrezia... Estrangula al que duerme; hiere con el puñal cuando el preboste quede sorprendido viéndote... y la hermosa Iolanda es fácil muerta.

—Ferenc estará contento. No sabes lo que ahora siento no poder verle, teniéndole tan cerca... Aquí mismo, abajo en las salas... Conversa seguramente con Matteo...

El gigantesco murciélago dejó oír una risa apagada.

Micer Gretto, más práctico, apremió:

—Quiero que compruebes por tí misma, la valía de mi ciencia. Seguiré tus pasos y te avisaré si alguien viene. No huyas, sino que con los codos empujarás... Así, así mismo... ¡Magnífico! Estás maravillosamente convertida en un espantoso engendro sobrenatural. Vamos, Lucrezia.

Media hora después, de nuevo en sus habitaciones, despojóse ella de la infernal funda negra velluda y membranosa.

Rió agriamente y dió la razón a los hermanos Trozzi, cuando la apodaban “hija de Lucifer”.

—Ferenc es muy listo. Me hizo dejar la moneda en la habitación de Matteo, y éste no sabe que será el último en perecer.

—Matteo está ciego, porque ha sucumbido a tu sabia belleza. Y debe perecer el último porque de lo contrario los hermanos te despedezarían, porque te odian.

—No menos que yo a todos ellos. Y Ferenc está cerca de Matteo. Él, procurará que Matteo le vea de continuo. Recaerán sospechas en otros. No me mires con envidioso reproche, Gretto-, Tu invento agradará mucho a Ferenc. ¡Un murciélago! No lo supondrá...

Marchóse halagado el nigromante al cabo de unos minutos. A

solas, Lucrezia fué alisando sus cabellas...

Más fuerte que su voluntad fué su deseo de ver aunque fuera de lejos al hombre que la dominaba. El hombre que ccn ella sabía ser a instantes insultante y desdeñoso, y a otros apasionado y cariñoso.

No había ningún peligro... Isolda dormia. Los demás estaban todos en el piso inferior.

Salió y alcanzaba ya un rellano, cuando se detuvo sobresaltada. A espaldas de ella, una voz decía:

—¡Por fin! Empezaba a creer que este palacio carecía de la principal obra de arte de la humanidad. ¡Eva! Señora, besa vuestros hermosos pies, en espera de ganar altura, éste que es vuestro esclavo.

Volvióse ella, presta a abofetear con dignidad de candorosa ultrajada, como convenía a la esposa de un Gran Duque.

Los claros ojos descarados, el varonil atractivo poderoso que poseía Bruyant Lartiguers, influyó en Lucrezia...

—¿Sabéis acaso quién soy, desconocido?

—La reina de Capri, que si no lo sois, os nombro yo. Vuestros cabellos son llama, vuestros ojos esperanza, vuestros labios incendio... ¡Ah, bella de bellas! Nunca experimenté como ahora qué cosa era eso llamado flechazo. Me arrodillaría si no fuera porque mi abuelo me aconsejaba que permaneciera siempre en pie; es el mayor homenaje, porque se admira mejor, y no se pierde detalle.

—¿Quién sois?

—Antes querías saber quién me figuraba yo que eras. Ahora me pides te diga quién soy. ¿Qué importa todo esto? Nacimos el uno para el otro.

—Presuntuoso y necio eres, a la vez que muy atrevido. ¡Soy la esposa del Gran Duque!

—¿Qué menos tenías que ser, para darme a mi flechazo irresistible? ¡Yo soy el Rey de Francia!

—Eres un juglar insolente, que crees te miento

—Escucha, hermosa. No te molestes en darte aires de gran señora, porque tengo pupila y…

—¡Retírate, grosero!

—Yo no me voy, y si te vas, te persigo.

—¡Estás ebrio!

—De verte. Me has embriagado, y tienes la obligación de contribuir a despejar mi vacilante zozobra.

—Vendrán... y morirás.

—Ven, y mátame.

—Imbécil...—sonrió ella—. He visto a Jacoppino que tras subir

se ha ido seguramente a comunicar a mi marido que...

—Vámonos pues a lugar más seguro, bella diablesa.

—¿Diablesa ?

—No otra raza es la tuya, cuándo así me has seducido con sólo andar primero, y erguirte después...

Ella empezó a retroceder. El gascón alargó las manos...

—Si huyes, te enlazaré, y raptándote te llevaré a mi palacio entre mirtos y rosales, y sabrás lo que es amor. Un gascón te lo promete, reina de mi corazón. No he querido a ninguna, porque soñaba en ti, Antonieta.

—Lucrezia—dijo ella.

—Gontran. Este soy yo. Y d'Eperlan barón. Y varón por arrobas. ¿Qué me dices? ¿Que eres la doncella de las hermanitas? ¿O eres la favorita de algún hermanito? No importa. Yo no te exijo cuentas de tu pasado. Soy así. Prométeme, desde ahora, no mirarte más que en mis ojazos y seré tuyo.

—No sé si reír o gritar, necio petulante. ¡A mí, a mí!—exclamó ella, de pronto.

—¡Cáspita! Si gritas así te expones a que me vaya y entonces retardarás el momento de...

Los verdes ojos de Lucrezia chispearon con feroz alegría. Por la escalera veía subir a Matteo Trozzi, seguido de tres hombres.

Bruyant Lartiguers empezó a lamentar el haberse puesto en busca de Eva. Y también pensó algo tardíamente que era muy posible que no mintiera la hermosísima mujer al asegurar que era la esposa del Gran Duque,

Matreo Trozzi avanzó. Hervía de furor íntimamente. Pero mientras subía, después de ser avisado por Jacoppino, había pensado que Francia era nación demasiado, poderosa para incurrir en el enojo del rey.

Lucrezia, a una señal de su marido, retiróse unos pasos.

—Creo, señor barón, que os habéis extraviado. He querido que estos tres caballeros, forasteros como vos, escucharan lo que tenéis que decirme, ante una flagrante actitud en exceso galante.

—Dijistesis, Excelencia, que nos paseáramos por donde quisiéramos. Subí, vi a esta dama, la acosé, y, de pronto, ella gritó, escandalizada. No comprendo...

—¡Es mi esposa, señor barón!

—Oh, oh... Vedme, Excelencia, hecho un mar de confusión, zozobra y congoja. Un color me sube y otro me inunda. ¡Nunca supuse...! ¡Si llego a saber...!

—En Francia hay predisposición, señor barón, a cultivar en

exceso la galantería. Y en Italia, consideramos grave injuria el cortejar a nuestras mujeres. Me ponéis en un grave aprieto, barón. Tomo por testigos a estos señores. Enojoso incidente.

—Considerad que yo ignoraba que ella era vuestra esposa, Excelencia.

Algo alejada, Lucrezia exclamó, con digna majestad : .

—Lo sabía. Que así se lo dije. Quise retirarme y me amenazó con… con abrazarme.

—¡Chivata¡—masculló entre dientes el gascón, en modismo dialectal.

Matteo Trozzi miró a Luys Gallardo, a Marco Véneto y a Aldo Guicciardini.

—Es mi deseo sostener las mejores relaciones con todos los Estados que me honren enviando sus representantes. Én este caso concreto, me veo obligado a mandar relación al rey francés de lo que su representante ha tenido a gusto hacer, ofendiéndome personalmente. Pido, pues, que con vuestra aprobación sea el barón encerrado en la cámara especial.

Los claros ojos color ceniza del gascón hiciéronse densos, como cuando se disponía a pelear.

Agachó la cabeza dispuesto a emplear la treta que habíale enseñado Truand Lascar, mientras sus rodillas flexionaban levemente dispuestas a entablar contacto con los estómagos de Guicciardini y Véneto.

Luys Gallardo colocó su diestra sobre el hombro izquierdo del gascón. Parecía un ademán apaciguatorio y era una presión férrea.

—El señor barón, Excelencia—dijo—reconoce su culpa. Nos consideramos, pues, obligados a admitir que obráis con gran mesura y suplicamos al señor d’Eperlan que acate lo que su rey y vos determinéis.

—Bien. ¡Que mi rey determine!—exclamó Bruyant.

Matteo Trozzi señaló las escaleras, que seguían ascendietido.

—Debo atender a mis invitados. Hacedme, pues, la merced, señores, de encerrar a vuestro amigo en la cámara que Jacoppino os designará. ¡Jacoppino!

El bufón acudió.

—La cámara especial está dotada de toda comodidad. Quien en ella se halle, es como… un huésped retenido hasta decisión de quien dependa. ¡Jacoppino! Conduce a los señores a la cámara especial para enviados extranjeros, donde queda alojado el señor barón.

Subieron todos. La mirada de Lucrezía había estado casi constantemente fija en Marco Véneto.

Y Luys Gallardo poseía ahora la convicción de que la enmascarada que le salvó de morir a manos de los Trozzi, era Lucrezia, la propia esposa de Matteo Trozzi.

El color verde de sus ojos era inconfundible. Y también su alta estatura, así como determinado contoneo al andar.

¿Por qué? ¿Qué motivos impulsaban a Lucrezia a liberar a un hombre que había declarado su voluntad de exterminar a los Trozzi?

Siguió subiendo tras las zancadas de Jacoppino, sin dejar de apoyar con fuerza su diestra en el hombro del gascón.

—Es un crimen, señores, el chicolear a una Venus de cabellos de llama?—Preguntó, indignado sinceramente, el gascón.

—Hacéis gala de una amoralidad pasmosa, señor barón—sonrió Luciano Risco—. Más propia de bandolero francés que de relator galo. Confío en que todo se resolverá con una breve estancia vuestra en esta cámara. Y dad gracias a los buenos deseos que Su Excelencia tiene de mantener amistosas relaciones con vuestra nación, que de lo contrario y muy justamente, estaríais muy en peligro ahora mismo.

Bruyant examinó desde el umbral, la cámara que acababa de abrir Jacoppino.

—¡Soberbia! — aprobó el gascón—. Meditaré, dormiré… y espero que la comida hará juego con la alcoba. Hasta pronto, señores. Vuestro humilde siervo, caballero Risco.

La puerta cerrada por Jaccopino quedó por fuera asegurada con gran cerrojo y varios garfios de cadena.

Descendieron los cuatro. La fiesta continuaba…

Capítulo IX

LOS TRES CONFABULADOS

Fué el primero en despedirse Aldo Guicciardini. Después lo hizo Marco Véneto y por último, "Luciano Risco".

El enviado de Roma dirigióse rectamente al mesón de "El Faisán Dorado", y no tardó en roncar estrepitosa y plácidamente.

Apenas hubieron salido ellos tres, Matteo Trozzi, por mediación de Jacoppino, conminó a sus hijos a que redoblasen la vigilancia.

Luys Gallardo, cuando se hubo cerciorado de que nadie le seguía y que no podía ser visto, internóse en el jardín posterior y oculto entre rosales, avizoró la mole sombría, que correspondía al torreón donde en su parte alta quedaba preso Bruyant Lartiguers.

Marco Véneto no necesitó andar mucho trecho. Abandonado el palacio y cuando atravesaba estrecha calle, que terminaba en la muralla Oeste, pareció de pronto que la tierra lo deglutía.

En salto lateral, completamente en tinieblas la calleja, desapareció en un entrante del muro.

Siguió el tenebroso pasadizo que conducía, después de bajar unos escalones, a las habitacioses de micer Gretto.

Una puerta y un pasadizo por los que nadie hubiera pasado a no ser en pleno día y aun con vacilaciones.

Era esperado. Al extremo del pasadizo, una débil luz atenuaba las negrás configuraciones de las paredes.

Micer Gretto, semejante a una lechuga malignamente satisfecha y poseedor de una orgullosa superioridad sobre todos los humanos, apareció alzando sobre su cabeza una linterna rojiza.

Veíasele cohibido, como si tuviera conciencia de hallarse ante un ser que le aventajaba en todos los aspectos.

—Tus genios te sean favorables, micer—saludó el bandido bohemio, cuya voz era ahora cortante e incisiva.

No quedaba nada del atildado florentino Marco Véneto, recargado de afectación. Era un hombre joven, de frialdad natural, pleno de nativa facultad de mando.

Micer Gretto cerró tras sí ia puerta y fué alumbrando hasta que llegaron a otra sala amueblada con comodidad y cierto lujo.

—Lucrezia espera anhelante, señor—dijo el nigromante, con humilde compostura—. ¿Me ordenáis la advierta de vuestra presencia?

—Tiempo habrá, micer. Siéntate ahora y dime cuanto habló madona Isolda Trozzi.

—¿No queréis saber lo que Lucrezia...?

—Madona Isolda.

Apresuróse el napolitano a explicar cuanto aconteció en la visita que le hizo Isolda y sus rodeos para averiguar lo que de Ferenc Mijail se rumoreaba.

—¿Es ella capaz de tomar una decisión suicida?

—No, señor. Es acendradamente religiosa y, por lo tanto...

—¿Sabe Lucrezia que di el anillo de prometida a madona Isolda?

—¡Oh, no, señor! Furiosa como una leona. Perdonad; obedecí lo que me ordenasteis y nada sabe.

El bohemio asió el pomo de esencias y aspiró con deleite. Sus ojos extraños, de peculiar color, miraban con sonrisa poco amable al nigromante.

—Dime, micer... Confabulados estamos los tres, pero necesito saber a quién profesas más fidelidad.

—¡A vos, señor!

—Procura ser sincero. Sabes que todos tus conocimientos de nada valen contra las hechicerías que podría acumular sobre tu persona. Jura sobre tu libro de verdades, obedecerme ciegamente, pidiera lo que te pidiese.

—Juro, señor.—Y solemnemente, extendió Gretto la diestra.

—Decías antes que Lucrezia pudiera sentirse leona celosa. Es desagradable que una mujer no sepa comprender cuando ya es excesivamente autoritaria. Sí, sí, autoritaria... Porque a veces, micer, cuanto más sumisa y amorosa es la mujer, sus propias caricias resultan dominantes y levemente insufribles, por hermosa que sea. Dime, micer, y háblarne con sinceridad, porque sabes que adivino a los que con la palabra disfrazan sus pensamientos. ¿Crees que Lucrezia, al ser la esposa del triunfador Trozzi en Capri, me requirió por amor y fidelidad al recuerdo ?

—Fuera de toda duda está para mí, señor, que Lucrezia os ama con toda la fiereza y sumisión de sus sentidos y corazón.

—Hacía cinco años que no sabía ella de mí, ni me interesaba saber de ella. ¿Por qué me envió cabalístico mensaje que sólo yo podía comprender, explicándome la posibilidad de dominar en Capri?

—Es ambiciosa, señor, pero toda su ambición la rinde a vuestras plantas y por vos mata y destruye...

Odia y se saciará matando, al que cometió la torpeza de encumbrarla. Constituye un peligro, ser amado por una mujer que

no tiene el menor concepto de la gratitud. Debía tener agradecimiento a quien de la nada la convirtió en señora respetada, que no respetable. Puedes llamarla, micer.

Salió el nigromante. Ferenc Mijail suspiró con rictus desagradable, cuando precipitadamente entró Lucrezia.

—¡Bien mio!—exclamó jubilosa tendidos los brazos—. ¡Cielo!

El bohemio alzó una mano, imperativamente, pero con indolencia.

—Es hondamente enfadoso, Lucrezia, que sigas empleando esos términos vulgarísimos, que además me repelen. Cuando no sepas cómo llamarme, di sencillamente “Ferenc”. Siéntate y dejemos para otro momento las amorosas expansiones.

Dejó ella sobre la mesa un fardo oblongo. Con sumisa actitud, fué a sentarse en el escabel que le señalaba Mijail.

—Como esta noche Matteo estará preocupado únicamente en ver amanecer, no te buscará.

—Mi puerta está cerrada y no hay temor de que...

—Es curiosa esa propensión que las mujeres tenéis a prodigar apelativos, o dimintuivos cariñosos, propios para perritos falderos. Me disgusta ser equiparado al más abyecto animal, porque dotado de colmillos, lame. Dime, Lucrezia, y trata de no mentirme, porque sabes que adivino cuándo las palabras disfrazan el pensamiento; el día anterior a aquel en que te comuniqué mi llegada, un trovador, dicen que apuesto y valiente, cayó preso; ¿Cómo pudo huir?

—Yo con el preboste Giorgio y el paje Giuseppe, hice matar a los que le custodiaban y le di libertad, Ferenc.

—¿Te reconoció ?

—No. Iba yo con antifaz.

—Espero no ha de resultarme enojoso saber el motivo que te impulsó a esa insospechada generosidad.

—Desafió a Matteo Trozzi y juró que si estuviera libre a muerte los hostigaría. Y me pareció muy capaz de cumplir. Por esto, le di libertad.

—Bien. ¿Le reconocerías?

—Sí.

—¿Qué opinas del caballero Risco?

—¿Cuál es?

—En el momento de tu sublime protesta ante la acometividad galante del francés, seis éramos los allí reunidos. Matteo y Jaccopino, al igual que yo, te son sobradamente conocidos. Quedaban tres más. ¿Era el trovador el francés?

—¡Oh, no!
—Tampoco lo sería Aldo Guicciardini.
—¡Oh, no!
—Confio en que sabrás decir que sí alguna vez.
—¡Era el otro! Sí, ahora que me lo indicas, sus ojos eran como los del trovador, aunque su cabello...
—Una peluca, querida.
—¡Sí, es el trovador!
—Bien. Posiblemente Matteo me agradecerá mucho la merced de entregarle a este entremetido, si me place hacerlo.
Examinó el bohemio a Lucrezia, pero sólo estaba pendiente de cuanto decía él.
—Al parecer, esta noche has realizado ya una parte del camino lento pero seguro, que me dará el botín que contienen los cofres de los Trozzi y lo que reste en las casas de la isla.
—Micer Gretto inventó un disfraz que produce un terror sin igual, Ferenc.
Y fue ella desenvolviendo el fardo, hasta mostrar las negras mallas velludas y de pico corvo, con las estrechas y altas membranas.
Palideció intensamente Ferenc...
—¡Vampiro!—murmuró, como alelado.
Después, forzó una sonrisa y por fin rió.
—En nuestra tierra natal no podríamos ver "esto" sin pensar inmediatamente en los chupadores de sangre. Yo he vencido siempre al miedo y ahora debo vencerlo.
Levantóse y palpó la tela. Fué revistiéndola por encima de sus propias ropas. Empezó a ajustársela con las ropas interiores.
—Dime, Lucrezia, ¿a quién visitaste así vestida?
—A Iolanda. La maté con el preboste Bruno y el paje Tulio. Llevan tu señal en la frente.
—Bien. ¿Y a quién más te gustaría esta noche visitar?
Colocóse Ferenc Mijail el apretado tejido alrededor del rostro. Lucrezia sintióse molesta.
—Es horrible ese disfraz, Ferenc.
—Dime, Lucrezia, ¿a quién más te gustaría visitar?
La voz del bohemio brotaba sorda y extraña, al aletear a través de la tela, bajo el corvo pico...
—La muerte de Isolda me vengaría del trato distanciado y ceremonioso que me dieron.
—Entre mujeres os adivináis. Aun la más candorosa, como madona Isolda, sabe adivinar cuándo otra mujer es mala. Lo eres

para los demás, Lucrezia. Dime, ¿cómo diste muerte a Iolanda?

—La estrangulé—dijo ella, con diabólica fruición.

—¿Así?

Las dos manos de Ferenc Mijail, enguantadas en las negras mallas, apretaron repentinamente el blanco cuello de la hermosa asesina.

—Ferenc—suplicó ella, miedosa.

Creía que era un juego propio del carácter versátil y maligno del bohemio.

Intentó asir la muñeca del horrible figurón. Pero éste presionó fuertemente, y Lucrezia dejó de existir.

Ferenc Mijail examinó el puñal enfundado en delgadísima piel negra, que se hallaba sobre la mesa y lo colocó en el soporte ingenioso de la membrana que fingía ala de gigantesco murciélago.

Dirigióse hacia la sala vecina y micer Gretto saludó halagado, al oír la voz del bohemio, opaca pero reconocible:

—Ingeniosa obra, micer. Te felicito.

—Facilita la acción y la huida, señor, porque no hay temple humano que al ver ésta mi creación, no quede paralizado de horror.

—Deseo recorrer la sala alta, micer. He decidido permanecer en tu antro, hasta terminar con los Trozzi. Al amanecer llegarán mis fuerzas. No lo sabía Lucrezia. Cesa, pues, la lenta tortura de los Trozzi. Iré ahora a visitar a mi prometida, la dulce y virginal Isolda. ¡Tan distinta de Lucrezia!

Hizo una pausa.

—A propósito. Lleva su cadáver a lá alcoba.

—¿Decís, señor?—baló, boquiabierto, el nigromante.

—Me disgusta repetir lo que digo, micer. Te perdono porque supongo que a través de la tela, poco audibles son mis palabras. Entra en la sala contigua y a rastras o con ayuda de tus poderes sobrenaturales, llévala a su alcoba.

—Sí, señor—dijo prontamente el nigromante, ya serenado y casi con sonrisa aprobatoria.

Ferenc Mijail abrió una puerta que conducía al rellano superior del palacio y fué empequeñeciéndose su gigantesca figura de murciélago.

Capítulo X

EN EL TORREON

El palacio ahora ocupado por los Trozzi tenía en su arquitectura mezcla de castillo, por cuanto era flanqueado en sus cuatro esquinas, por altos torreones.

Daba al extenso jardín posterior el torreón en cuyo segundo rellano habitaba Isolda Trozzi.

Eran vanos cuantos intentos hacía la menor de los Trozzi, por conciliar un sueño qué le concediera el privilegio de darle evasión al dogal tenebroso de sus pensamientos.

Miraba de vez en cuando el anillo, que por la mañana se le antojó delicada presea que demostraba la existencia de un amor... y que después averiguó era joya de muerte.

La roja piedra tenía maléficos destellos y el mismo oro livideces fúnebres.

Lloraba en silencio, cada vez que pensaba en el abandono en que se hallaba. Nadie la defendería. Sería irremediablemente la “prometida de la muerte” del desconocido Ferenc Mijail.

El hombre de los ojos ardorosos, quemantes, de dedos como brasas. Avanzada ya la noche seguía llorando.

Las sienes le dolían. Su frente quemaba. Levantóse y aproximándose a la puerta vidriera que daba acceso al redondo balcón, aplicó la frente contra el cristal en busca de frescura.

Pero al poco rato también el cristal entibiado, aumentaba su malestar. Salió y la fresca brisa nocturna, la reconfortó.

La quietud silenciosa del gran jardin, la diáfana atmósfera, el trino aislado de un ruiseñor, las titilantes estrellas, le daban la sensación de que lo que le sucedía era imposible.

De pronto, su sangre helóse. Oía un susurro ascendente, tenue, pero audible en la noche quieta.

Quiso correr y no pudo. No tenia fuerzas para moverse y grandemente abiertos los ojos, esperaba la aparición.

Y una expresión de dichosa complacencia esperanzada, la hizo reclinarse lentamente contra la pared y cerrando los ojos, musitar quedamente:

—¿Sois vos, trovador?



—¿Sois vos, trovador?

* * *

Luys Gallardo decidió que había llegado el momento de intentar liberar al imprudente gascón, que había venido a Capri para guardarle las espaldas y que por su incontenible temperamento mujeriego, era ahora un prisionero en peligro.

Meditó unos instantes, pensando que la personalidad de

“Luciano Risco” debía quedar a salvo.

Quitóse la peluca y la corta barbilla y separó de sus cejas los aditamentos que le habían desfigurado.

Colocó los postizos entre las ramas de un rosal. Respiró con deleite sintiéndose capaz de todo, por no gustar de fingimientos.

La obscura noche le favorecía y las lianas trepadoras que con madreselvas tapizaban los muros del torreón, eran para él, ágil escalador, eficaces auxiliares.

Sus manos comprobaban la solidez de los tallos en que se asía, mientras sus pies iban afianzándose en otros salientes...

Iba ascendiendo lentamente pero con seguridad.

En el primer rellano trepó al balcón y vió que tapiada quedaba la ventana.

Siguió subiendo y a fuerza de puños quedó sentado en el segundo saliente que en balconada sobresalía en el torreón.

Y de las sombras surgió la femenina voz, que susurró:

—¿Sois vos, trovador?

Saltó al interior de la balconada y avanzó hacia la grácil silueta.

—No me conocéis—siguió diciendo ella, como en trance—. Yo os vi cuando Jacoppino, el odioso bufón malvado, os traía prisionero. Después... por pajes y dueñas, supe de vuestras románticas hazañas, arrebatando con valentía las futuras víctimas a la zarpa de los hermanos Trozzi. Y también vi cuando la enmascarada acudía en vuestro auxilio... Poco se duerme cuando las horas son largas y se oyen nocturnamente extraños ruidos amenazadores.

Luys Gallardo contemplaba arrobado la soñadora expresión casi inmaterial de la dulcísima Isolda.

La escasa luz que del interior provenía, nimbaba con halo tenue la figura femenina.

—¿Erais vos... vos la que tan generosamente arriesgó su vida por salvar la mía?

—No. No tuve ese valor, porque sólo dispongo de dos pajes y aunque fuertes y bravos, si me hubiesen obedecido, también a la par lo habrían hecho saber a mi padre.

—¿Vuestro padre?

—Soy Isolda Trozzi.

—Entonces... natural es que aunque por vuestro buen corazón, no me desearais mal alguno, tampoco podíais acudir en ayuda de quien, como yo, juraba exterminar a los vuestros. Dejadme que os cuente el motivo por el cual me habéis sorprendido escalando este torreón. En la sala alta, en una cámara espectral, retenido como

prisionero, está un amigo mío, que se distingue por su imprudente alegría temeraria. Acudió a Capri por ayudarme y justo es que puesto que peligro corrió en esta demanda, sea yo quien intente evitarle un destino mortal.

—Enrejada está la cámara especial—dijo ella, y notábase en su voz y expresión, una desilusionada tristeza.

Lo percibió Luys Gallardo.

—Al igual, Isolda, como os explico mis cuitas, ¿por qué no me decís la razón que os mantiene desvelada a estas horas? No veáis en mí curiosidad vana...

—Yo sé que no es curiosidad. Ved, trovador... No sé más que con valor merodeáis por lugares en que a precio tenéis la cabeza. No sé más que arriesgáis de continuo la vida. Y al oíros, al veros... adivino que con toda confianza puedo hablaros.

Saludó, agradecido, el trovador.

—Tal vez si en algo puedo intervenir que de vuestro agrado seo, deberíais a prueba ponerme.

—¿Sabéis quién es Ferenc Mijail?

—No le conozco, pero he oído hablar de sus nulidades.

Contó ella despaciosamente, contenida su ansia de llorar, lo que le había sucedido en el templo y después en la pradera, cuando al despertar halló en su dedo el anillo...

—¿Habéis contado lo que os ocurre a vuestros familiares?

—Grave es lo que digo, trovador. Sola estoy, aunque en palacio viva, y de padre y hermanos esté rodeada.

—No estáis sola, puesto que aquí estoy.

Sonrió ella con infantil alegría. Pero quebróse su sonrisa apenas iniciada.

—Muchas veces he soñado con huir, pero... me faltaba valor. Y ahora, menos aun dispongo de ánimo, desde que soy la novia de la muerte de Ferenc Mijail. Dicen que siempre le ayudan genios del Averno y que... sobrenaturales peligros...

—No seáis niña. Todo eso son supersticiones impropias de la que como vos luce crucecita en el pecho. Mirad, la fiesta sigue y propicia es la ocasión. ¿No sabéis de lugar donde quisierais ir... mientras Ferenc muere?

—Lejos...

—En isla donde se hallan otras infortunadas que a la edad de amores y risas, saben de horrores y llanto, allá os puedo llevar.

Iba ella a replicar, cuando de pronto mantuvo silencio al gesto del trovador.

Percibíase claramente el rumor de un susurro que ascendía por

las paredes del torreón.

Corrió el trovador para cubrir con rico brocado negro la linterna. Reinaron las tinieblas...

Nerviosamente, Isolda Trozzi colocóse tras Luys Gallardo y su diestra suavemente se apoyó en petición de amparo sobre el hombro del que, tenso el busto, aguardaba...

Apareció primero una cabeza alargada, después unos hombros obscuros, y, por fin, un hombre saltó al interior de la balconada.

Otros dos le siguieron.

—¿Estás seguro, “Frambuesa”? — musitó una voz, en francés.

—Os digo que es en este torreón, “Vinagre”.

—Veamos en esta sala, aunque...

—No van a tener al patrón encerrado en lugar con abierta ventana, “Respingón”.

Luys Gallardo aflojó los músculos. Dijo en francés:

—Sin gritar, gascones. Dueños somos ya del torreón.

Las tres sombras que al principio parecieron ir a proyectarse hacia delante, volvieron a agazaparse.

—Salve, don Luys—murmuró uno de los gascones, al destacarse del muro, la silueta del trovador.

—Bruyant está en la cámara situada encima de ésta. Las rejas son sólidas, y tendréis que tratar de entrar por el interior, si el torreón tiene entrada.

—De una forja hemos cogido limas y ganzúas, don Luys— susurró otro de los gascones, reunidos los tres junto al umbral—. Y cuerdas.

—Y aceite con trapos para evitar los chirridos, don Luy.

I Luy.

—Veo que no descuidáis el bagaje necesario. Entonces seguid ascendiendo, que mientras otro prisionero me aguarda. Salvad a vuestro patrón y nos reuniremos en la cabaña de la playa.

Los tres fueron saludando a medida que iban desapareciendo hacia lo alto, trepando por las lianas con agilidad de salteadores, avezados a recorrer difíciles caminos.

—Ahora, madona Isolda, soy libre. Esperaré tan sólo a comprobar que Bruyant defraudará la hospitalidad de los Trozzi y entonces iremos lejos de Ferenc y su amenaza.

Descorrió algo el brocado que cubría la linterna y a la tenue luz examinó la habitación.

Vió un laúd colgado del muro.

Asiéndolo se aproximó a Isolda, que dijo, jubilosa :

—Es mi favorito compañero. Y ahora, señor trovador, siento

gran alegría al ver que no estáis solo y menos peligros corréis, Y que con tanta calma, permanecéis a mi lado, mientras… mi padre y hermanos os persiguen.

—No tal, Isolda. Que bien muerto me suponen.

Pellizcó las cuerdas del instrumento, amortiguando el son.

—Nos lo llevaremos con nosotros, Isolda.

—Gracias os doy, trovador, por hablarme como a una niña asustadiza y por hacerme tan leve la confesión de que soy hija de Matteo Trozzi, vuestro enemigo.

—Oye tan sólo la risita del laúd, Isolda. Es una sonrisa… Nací con extraño carácter, que me incitaba a buscar sonrisas en cuantos me rodearan… si damitas eran.

—Y lo consigues a la perfección, don Luys, que así te llamaron tus amigos. ¿Luigi?

—Español soy, Isolda, y entre tus labios mi nombre parecerá limpio de todo pecadillo. Dime, ¿sabes cabalgar?

—Sí—murmuró ella, extrañada.

—Y conocerás el camino de las caballerizas.

—Sí, pero hay siempre dos hombres vigilando.

—Les daremos descanso.

Volvió a cubrir con el brocado la linterna y dirigióse a la ventana, pisando quedo.

—Soy yo, "Vinagre", don Luys—dijo la sombra que iba agrandándose al quedar colgada de manos por la cuerda, posando al fin los pies en el suelo.

—¿Va bien todo?

—Muerden las limas que es un gusto. Mi patrón está muy rabioso y os pide perdón.

—¿De qué? ¿Y qué más?

—Dice que… sabiendo que hay dama por en medio… partáis, y nos reuniremos en la cabaña de la playa. Porque dice que nosotros somos cuatro y vos tenéis, a dama que…

—Bien. Acepto.

Desapareció hacia arriba el bandolero gascón. Regresó al interior el trovador, descorriendo el brocado. Saludó, sonriente:

—Cuando quieras, Isolda.

Capítulo XI

LA HUÍDA

—Se aproxima la aurora y estás alentando, mi rey. Empiezo a creer que Ferenc Mijail es un pobre diablo.

Habíanse retirado todos los invitados a la fiesta dada por Matteo Trozzi.

El usurpador, apoyado en el brazo de su sillón sobre el estrado de su sala particular, escuchaba distraídamente las inepcias insidiosas del bufón.

Sus tres hijos, al frente cada uno de seleccionados esbirros, manteníanse en permanente vigilancia.

Dos de ellos rondaban los patios y jardines, mientras Falco recorría incesantemente los vestíbulos y salas interiores de la planta baja.

Matteo Trozzi suspiró con enojo contenido: Y Jacoppino cloqueó, en risa agria:

—Conoces ahora la incómoda postura del rey Damocles, aquel que dormía con una espada suspendida sobre su pecho, pendiente de un frágil cabello. También hay caprichos raros... Con dormir en otro lecho, se habría evitado esos sudores. Dicen que para gobernar hay que conocer los deseos e inquietudes del pueblo. Estás ya aprendiendo, mi rey. También todos los que tú gobiernas ahora se duermen con la inquietud de ser apuñalados en el lecho, o arrebatados de sus blandos calorcillos.

Matteo Trozzi alzó la diestra, en gesto conminatorio. Tendía el busto...

Jacoppino miró hacia el umbral. Y, de pronto, una terrorífica aparición entró con raudo andar...

Chilló agudamente el bufón, erizados los cabellos. Matteo Trozzi retrocedió en su sillón, lívido de miedo...

Ferenc Mijail semejaba un enorme murciélago de pesadilla. Al correr rectamente hacia el estrado, aleteaban las membranosas aplicaciones.

Jacoppino, poseído de abyecto horror, sollozaba histéricamente, tratando de gritar.

Matteo Trozzi trató de incorporarse. Gritó:

—¡Auxilio!

El bufón, arrastrándose, alcanzó la cortina que daba salida al

corredor. Sin mirar atrás, enloquecido, púsose en pie y, como alma que el diablo persigue, corrió velozmente.

—¡Acudid! ¡Presto, acudid!

Mientras, en la sala, Matteo Trozzi alzó sus dos manos, dilatados los ojos en exorbitante amplitud...

Quiso separar el contacto del velludo cuerpo que sobre él se abatía. En su entrecejo, con furia, la aguda hoja del puñal penetró...

Para el cruel napolitano no era la muerte la que entraba en su cerebro, sino el pico corvo del vampiro...

Y, desangrándose, cayó de bruces, cubriéndose el rostro para no ver aquel engendro monstruoso, infernal...

Corrió Ferenc Mijail, abandonando la sala.

Falco Trozzi detuvo airado al enloquecido bufón.

—Habla claro, Jacoppino.

—Un... murciélago horrendo..., más alto que nosotros..., acomete a Matteo...

—Loco borracho—gruñó Falco, asestando un empujón al larguirucho y tembloroso bufón.

Señaló a sus hombres el rellano alto. Todos precipitáronse hacia allá...

El primero que alcanzaba la parte superior de las escaleras, gritó, retrocediendo :

—¡Murciélago! ¡Ataca!

Cayeron rodando por las escaleras varios esbirros... Falco Trozzi soltó al bufón que estaba zarandeando, y, propinando puntapiés y puñetazos, abrióse paso por entre los asustados esbirros.

Llegó a lo alto, y no vió nada. Corrió, aceros desnudos, hacia la sala particular de su padre...

Acababa de oír el tenue sonido del escudo de bronce, llamando. En la sala, Matteo Trozzi, arrastrándose en agonía de robusto hércules, alzaba el brazo, y su mano, más que golpear, empujaba el vibrante escudo de bronce.

—¿Qué sucedió, Excelencia? —exclamó Falco, arrodillándose junto a su padre.

Convulso, ensangrentado todo el rostro, Matteo Trozzi giró impulsivamente, quedando boca arriba...

—Un engendro... de alas negras... La Muerte, Falco..., ronda nuestro palacio... Perdidos... Estáis perdidos... Muero..., y solos... estáis perdidos... Por allá...—Y débilmente tendió la mano hacia la cortina. —¡Sus..., y matad, hijos!...

Falco Trozzi se puso en pie y abandonó la estancia. Gritó:

—¡Registrad todas las salas! ¡Dos enlaces avisando a mis

hermanos que cerquen el palacio!

Jacoppino, sudoroso aun, entró en la sala, mientras en la puerta dos esbirros colocábanse vigilantes...

Acercóse el bufón al lugar donde Matteo Trozzi murmuraba palabras incoherentes.

Abatióse de rodillas el bufón, asiéndose la cabeza con las dos manos y sacudiéndosela.

—¡Mísero cobarde fuí, mi señor! Te dejé y huí. Te soy fiel, lo sabes. Pero era tan horrenda la figura del monstruo... Ya no podré dormir...

—Vil epílogo de mi... vida... Un bufón me asiste... Nadie más... a mi lado... ¡Maldición para los Trozzi!...

Una progresiva calma invadió las contraídas facciones de Matteo Trozzi. Terminó todo temblor en su cuerpo, y sus músculos quedaron laxos, inertes...

Jacoppino rodeó con sus largos brazos el busto de Matteo Trozzi, y, grotescamente ridículo en su sincero dolor, se abrazó al muerto, llorando y gimiendo.

Ferenc Mijail corría hacia el final de otro corredor, y de pronto vió ante sí a dos hombres...

Eran Berto y Fredo, los pajes guardianes de Isolda, que efectuaban su ronda delante de las habitaciones de la doncella.

Berto desorbitó los ojos, mientras Fredo pugnaba con su miedo para conseguir desenvainar...

Alzó por dos veces Ferenc Mijail su diestra armada con el puñal, y los dos pajes tambaleáronse, alcanzados en plena garganta,

Ferenc Mijail tenía ya desencadenado su morboso instinto de matar. Bajo la negra tela de mallas donde el nigromante había colocado pico corvo, sus labios delgados reían siniestramente.

Empujó varias puertas, hallándolas cerradas. Pero en la escalera que caracoleando ascendía por el torreón, vió entreabierta una puerta...

Tanteó, y fué abriéndola lentamente. Vió al fondo, tenuemente diseñadas, dos figuras...

Y bajo la máscara se contrajeron sus facciones en mueca de odio y vesania.

Veía a Isolda, su prometida de superstición, abrazada por un desconocido...

Isolda Trozzi, al ser invitada por Luys Gallardo a abandonar el palacio donde la melancolía y el lúgubre dolor imperaban, recogió su cofre de joyas.

Mientras, el trovador iba anudando entre sí damascos de

cortinas y sábanas.

Sonrió.

—Ocasión es ésta, Isolda, en que te deseara menos niña y más mujer, porque tendrías escala de seda.

Terminó de trenzar los lienzos y cortinas, y, acercándose a la balconada, formó nudo alrededor de una pilastra.

Comprobó la resistencia de los nudos, y, saludando, dijo:

—Por trovador galante y comedido, tengo licencia de abrazarte, Isolda.

Ella, sonrojándose, avanzó. Comprendía que, para huir, debía abandonarse a los brazos del que, con su risueña tranquilidad, era presagio de un futuro sonriente...

—¡Vigilad, gente de Trozzi! ¡Cercad y soltad las jaurías!

En el jardín, resonaban los gritos. Oíase rumor de precipitados pasos y entrechocar de armas...

—¡Nos han... visto!—gimió ella.

Estaba de espaldas, y no pudo ver la horrible máscara del murciélago, que, puñal en alto, avanzaba velozmente.

Luys Gallardo saltó hacia delante. Sentía humedecerse sus cabellos y erizarse el vello de sus brazos...

Pero, desenvainando con rápido movimiento, lanzó, una tras otra, tres dagas... que atrás, enfundadas en el cinto, llevaba.

Abrazó de nuevo a la que impidió volverse...

Ferenc Mijail vaciló al impacto de las dagas... Abrió los brazos, retrocediendo... Intentó asirse a algo que pudiera soportarle, y cayó...

Luys Gallardo derribó la linterna, sumiendo en tinieblas la habitación y los contornos.

Gritó:

—¡Acudid! ¡Preso está, gente de Trozzi!

Oyó como en el jardín los pasos corrían de nuevo hacia otro lado. Unos pies aparecieron, seguidos de un cuerpo, que ágilmente se dobló al tocar suelo.

—¡Bruyant a tu lado, don Luys! Y mis tres compinches cubriendo la retirada.

Enlazando a la trémula Isolda, señaló el trovador la balaustrada.

—¡Abrid paso, compinches!—murmuró Bruyant.

Fueron descendiendo “Vinagre”, “Frambuesa” y

“Respingón”. Bruyant, en descenso veloz, a saltos, llegó a tierra al mismo tiempo que los otros tres...

Destellaban las espadas, enzarzadas en combate. Los esbirros de Umbrío Trozzi trataban de contener el aluvión de golpes de todas

clases con los que los ágiles bandoleros gascones abrían paso a la pareja que descendía a lo largo del torreón.

Quedó Isolda tras las espaldas del trovador.

Bruyant saltaba repetidamente, y sus rodillas golpeaban contundentemente.

—Las caballerizas...—susurró Gallardo.

—Allá, tras los álamos...—Señaló ella.

Una confusión sin igual reinaba por doquier. Antorchas que trazaban surcos luminosos por el interior y los jardines...

Los gascones, reforzados ahora por el trovador, derribaban los últimos adversarios.

Corrieron aceleradamente tras Luys Gallardo, que en vilo llevaba a Isolda Trozzi.

Gritos y ladridos formaron de pronto, tras ellos, una ensordecedora cacofonía.

Dos individuos avanzaron para cerrar el paso de acceso a los establos.

—¡Acogotad!—gritó Bruyant, alegremente.

A caballo Luys Gallardo, enlazando a Isolda, picó espuelas con energía.

Los gascones cortaban riendas, pinchaban ancas y conseguían lo que Bruyant había iniciado.

Alocados, los caballos que dormitaban mansamente, alzáronse, caracolearon, y en estampida abalanzáronse hacia las grandes puertas, derribando con sus cascos a los primeros esbirros que llegaban, y pisoteando también a los perros...

Una confusión de relinchos, quejidos, aullidos y lamentos pobló el ambiente.

Por las puertas de atrás, que un gascón abrió, lanzáronse veloces los cinco jinetes...

Espoleaban con saña, y pronto saltaron los setos, entrando en campo abierto.

Tras ellos galopaba a bastante distancia un numeroso grupo de jinetes, con Umbrío y Trentino Trozzi a la cabeza...

Por desmontes lograron los fugitivos alcanzar el bosque desde el que se divisaba la playa de Ambrina.

Destacóse Bruyant Lartiguers, y poco después detenía su caballo. Luys Gallardo frenó a su altura, encabritando la montura...

—¡Nadie!—masculló, estupefacto, el gascón—. Vuestra chalupa y la que robamos han desaparecido.

—Desmontad, compinches—ordenó el trovador.

Obedecieron todos, y añadió Luys Gallardo :

—Alejad los caballos.

Bruyant pinchó con su espada las ancas de los corceles, que emprendieron raudo galope hacia el Oeste.

Oyóse repicar de cascos lanzados en persecución de los caballos sin jinete que se alejaban...

Iba reinando el silencio. La aurora empezaba a sonrosar los espacios, pero era gris y lívida.

Las nubes negras iban achicándose por la pugna del sol oculto. Los cico hombres se miraban inquietos...

¿Por qué no estaban visibles las dos chalupas que debían conducirles al seguro refugio del velero “Dardo”?

Cansada, Isolda se reclinaba contra el hombro del trovador, en abandono confiado,

—Cuando el sol aparezca, averiguaremos lo que sucede, Bruyant. Ahora, madona Isolda debe descansar.

La alzó en brazos, y, seguido por los cuatro gascones, dirigióse hacia la oculta cabaña, que servíales de punto de reunión.

Capítulo XII

FÚNEBRE AURORA

Micer Gretto rondaba cuando vió a Ferenc Mijail que, después de matar a los pajes Berto y Fredo, penetraba en la alcoba de Isolda Trozzi.

Oyó los gritos de alarma, y, no viendo salir a su cómplice, corrió hacia la alcoba.

Vió en el suelo al murciélago que era su creación, y de la cual estaba orgullosísimo.

Con energía nerviosa, más que por salvar al bohemio malherido por salvarse él mismo, asió por los sobacos a la macabra figura, y a rastras la sacó de la alcoba.

Desapareció al extremo del corredor que conducía a su antro, cuando, agolpándose, acudían a las habitaciones de Isolda Trozzi Falco con sus esbirros.

Cerró tras sí Micer Gretto la puerta, afianzando las vigas de hierro y las cadenas.

Siguió arrastrando a Ferenc Mijail hasta penetrar en la habitación lujosamente amueblada.

Allí desnudó al bandido bohemio. Y poco después, con sus bálsamos y sus cordiales, lograba que los fríos ojos de Ferenc Mijail abriéranse y sus mejillas se colorearan...

—Estáis a salvo, mi señor. Las heridas hubieran sido mortales a no ser por las mallas aceradas del ropaje que lleváis. Las puntas de los puñales o dagas penetraron con fuerza, que muy robusto debió ser quien os agredió; pero no hay peligro de muerte. Bebed, y os vigorizará.

—¡Vete! ¡Quiero saber si preso está el hombre que se encontraba en la alcoba de Isolda!

Salió el nigromante, mientras, echado sobre el diván, Ferenc Mijail respiraba con estertores...

Supersticioso y engreído, no podía soportar el doble ultraje: haber sido derrotado... y mancillada por abrazo la pureza de la novia que eligió para su redención...

La redención que dictaminaban los sacrilegos libros de Transilvania.

Poco después, regresaba micer Gretto. Cohibido..., no osaba hablar.

Ferenc Mijail contrajo espasmódicamente los labios. Fué serenándose progresivamente.

—¿Huyeron, Micer?

—Huyeron, pero les dan caza. No podrán ir muy lejos. Tras ellos van todos los...

—Dime, micer... Tú que todo lo arreglas y compones. Tú que me sirves eficazmente... ¿Tienes lugar desde donde poder avizorar el horizonte sin ser visto?

—Sí, mi señor.

—Condúceme...

—Mirad que vuestras heridas pueden reabrirse...

—Volverás a cerrarlas, si así ocurre. Acerca tus hombros.

Apoyándose en el nigromante, que vaciló bajo el peso, añadió Ferenc Mijail:

—¿Posees anteojo de larga vista?

—Sí, mi señor. Me sirve para otear el vuelo de las aves, porque estoy estudiando los movimientos de vuelo y los astros que...

—¡Trae!

Apoyóse Ferenc Mijail en la mesa, mientras apresuradamente el astrólogo iba a coger de un estante un catalejo.

—Vamos.

Poco después alcanzaban un torreón donde abundaban mapas, globos y cartas apergaminadas llenas de cabalísticos signos.

Circularmente, una estrecha rendija dejaba penetrar el aire. En el exterior formaba saliente de roca que disimulaba la abertura.

—Nadie nos ve, mi señor.

Reclinóse Ferenc Mijail contra la pared, introduciendo el anteojo por la rendija.

Estuvo mirando desde distintos puntos. Por fin, fué hablando incisiva y triunfalmente, sin dejar de mirar:

—Ahí están... Mis hombres y el capitán Donato Guicciardini, ¿No sabes quién es Donato Guicciardini? Un puritano pirata, sobrio, severo, impasible, siempre enlutado. Capitanea turba de desesperados, que matan y asolan por doquier. ¡Capri será nuestra, micer!

Intrigado, micer Gretto cogió otro poderoso lente, con el cual trataba de estudiar el movimiento de los astros.

Lo apuntó en la misma dirección hacia la cual miraba Ferenc Mijail.

—Esta aurora es la de mi triunfo, micer. Convoqué al capitán Donato, y no ha faltado...

Vió el nigromante un velero de negra estructura y obscuras

velas. Sus tripulantes eran seres vestidos de negro…

Llevaba el velero a remolque otro bajel blanco, en cuya proa había una figura de amorcillo cabalgando un venablo.

De los palos del velero blanco colgaban, ahorcados, veinte cuerpos: una mujer rubia y diecinueve hombres.

Erika Von Merck, el capitán Musso Volpi, Delfín Lechuga y los diecisiete restantes gascones, muertos, se bamboleaban a impulsos de la nave y el viento.

La aurora gris y obscura tintaba de acerada lividez las aguas del mar. Una fúnebre aurora amanecía en Capri…

PRÓXIMO EPISODIO:
EL VELERO “DESESPERACIÓN”

1ª Edición - Octubre 1949